

MIRA DE AMESCUA, ANTONIO (1574-1644)

*CAUTELA CONTRA CAUTELA*

PERSONAS que hablan en ella:

ENRIQUE de Ávalos  
CHIRIMÍA, su criado  
CÉSAR, galán  
LUDOVICO, galán  
JULIO, su criado  
ALFONSO, Rey de Nápoles  
Príncipe de TARANTO  
Príncipe de SALERNO  
ELENA, dama  
PORCIA, dama  
ISABEL, criada  
CELIO, escudero  
Un CRIADO  
CAPITÁN de la Guarda

ACTO PRIMERO

Sale CHIRIMÍA, de noche

CHIRIMÍA:  
Ya el cielo como un pavón  
ostenta sus luces bellas  
con las lucientes estrellas  
que sus ojos de Argos son.  
Ya el cielo está como un huevo,  
estrellado. El mundo está  
vestido de negro ya.  
Salga vuesaencia.

Salen ENRIQUE y JULIO

ENRIQUE:  
Debo

recatarme, cosa es clara  
cuando en Nápoles estoy  
y Enrique de Ávalos soy,  
Marqués del Basto y Pescara.  
Don Alonso de Aragón,  
Rey de Nápoles, confía  
de la diligencia mía  
con una inmensa afición  
este reino, y un privado,  
ministro por varios modos,  
ha de dar ejemplo a todos.  
¿Qué mucho que recatado  
salgo yo por la ciudad  
de noche a vanos errores?  
Si aunque son castos amores,  
mostrarlos es liviandad.

CHIRIMÍA:

Disculpado está conmigo.  
Tu privado soy y rondo  
en público, no me escondo.

JULIO:

¿No fuera bien que un amigo  
de los dos que quieres tanto  
te acompañara?

CHIRIMÍA:

Ellos son  
amigos con intención.  
Usase; así no me espanto.

ENRIQUE:

Don César y Ludovico  
en mi amistad se declaran  
y los dos me acompañaran  
mas mi amor no les explico.

CHIRIMÍA

Si tú privado no fueras,  
fueras amigo precioso;  
que no sabe el poderoso  
cuál es su amigo de veras.  
¿Qué amistad hay verdadera?

JULIO:

¿Cuál de éstos que te han seguido  
como sombras, habrá sido  
más leal?

ENRIQUE:

Si eso supiera  
fuera soberana ley  
y en mucho más lo estimara  
que ser Marqués de Pescara  
ni aun ser privado del Rey.  
Yo pienso que ambos lo son  
muy de veras.

JULIO:

Certifico  
que pienso que Ludovico  
ha hecho demostración  
de amigo más verdadero.  
Lenguas se hace en alabarte.

CHIRIMÍA:

¡Qué poco sabes el arte  
de un amigo lisonjero!  
Si de eso te satisfaces,  
en él la amistad se acaba.  
Siempre Ludovico alaba  
lo que dices, lo que haces,  
lo que comes, lo que bebes,  
lo que escupes, lo que vistes,  
lo que calzas y son chistes  
motes y sentencias breves  
cuanto arrojas por los labios,  
aunque necedades sean.  
Amigos que lisonjean  
ni son seguros ni sabios.  
Mudo y con ojos serenos  
a César siempre verás.  
Sin duda te quiere más  
pues es quien te alaba menos.

Salen don CÉSAR y LUDOVICO

CÉSAR:

Don Enrique, mi señor,  
¿solo y a la sombra muda  
vais de la noche? ¿Quién duda

que son milagros de amor?

CHIRIMÍA:

No va solo, pues que vamos  
dos con él.

CÉSAR:

¡Oh, Chirimía,  
ésta tu amor me debía.  
Págame y en paz estamos.

ENRIQUE:

Confesando la verdad  
a lo que César sospecha,  
porque es religión estrecha  
la que impone el amistad  
o estando que Amor ha sido  
la causa que así me lleva  
tan peregrina y tan nueva  
que nunca la habréis oído  
en fábulas o en historias.

CÉSAR:

¿Amas alguna pintura  
o estatua?

ENRIQUE:

De esa locura  
ya en las humanas memorias  
hay noticia. Amor, que es dios,  
ostenta así su deidad.

LUDOVICO:

¿En qué está la novedad?

ENRIQUE:

¿No es bien nuevo amar a dos?

CHIRIMÍA:

No, señor, ni amar a mil  
porque tú tienes criado  
que en un mismo tiempo ha amado  
un salchichón, un pernil,  
una bota de hipocrás,  
dos de Candia, cuatro griegas,  
treinta fregones gallegas

y trescientas cosas más;  
que es socorro y estribillo  
de poetas de repente.

ENRIQUE:

Calla, loco impertinente.

CHIRIMÍA:

Si pudiere conseguillo,  
dalo, señor, por callado.

ENRIQUE:

Digo, pues, que dividido  
en dos partes he tenido  
este amoroso cuidado.  
Porcia pobre y rica Elena  
me dan tan igual la gloria  
que suspenden la memoria  
y hacen dudosa la pena.  
En Elena y Porcia unida,  
Amor, con gloriosa palma,  
tiene en dos cuerpos un alma,  
en dos almas una vida,  
en dos vidas una suerte,  
una beldad en dos mayos,  
un resplandor en dos rayos,  
en dos rayos una muerte.  
Dos bellezas, un objeto,  
formaron un mismo ser  
aunque no es milagro ver  
dos causas con un efeto.  
Condesas son, en belleza  
competidores de Apolo:  
Porcia en el título solo,  
Elena en nombre y riqueza.  
Siento entre Porcia y Elena  
dividida la memoria:  
con el favor una gloria,  
con el desdén una pena.  
Cada cual en mi deseo  
imprime ley rigurosa,  
y aunque hermosas, más hermosa  
pienso que es la que antes veo  
de modo que indiferente  
en pasión tan inhumana  
tengo por más soberana

aquella que está presente.  
Y si acaso Amor dispuso  
que estén juntas, mis sentidos  
andan ciegos y perdidos  
en laberinto confuso.  
El afecto mismo se ata.  
No hay aliento que se atreva:  
Elena el alma me lleva,  
Porcia el alma me arrebata.  
Y como el Amor es dios,  
prueba a hacer con este efeto  
de las dos sólo un sujeto  
o dividirme a mí en dos;  
mas como poder no halle  
para hacer uno de tres,  
forma un caos que no sé qué es  
ni qué nombre pueda dalle.

LUDOVICO:

Divinamente ha pintado  
sus afectos vueselencia.  
¡Qué donaire, qué elocuencia!

CHIRIMÍA:

¡Qué bellacón, qué taimado!  
Claro está que habrá de ser  
pintado divinamente.

LUDOVICO:

Amor que está diferente  
del uso y del proceder  
común, sólo merecía  
nacer bello y prodigioso  
de ese pecho generoso,  
de esa española osadía...

CÉSAR:

Antes, si me da licencia  
en esto vuestro favor,  
yo digo que no es amor  
el que tiene vueselencia.

LUDOVICO:

¿Qué ha de ser?

CÉSAR:

### Inclinación

a dos mujeres tan vellas,  
nacidas de las estrellas  
o de la propia elección,  
halló méritos iguales  
en discreción y beldad  
e incitó la voluntad  
los afectos naturales,  
con que se sintió agradao  
de ambos con indiferencia  
y con esto vueseleucia  
no es amante, es inclinado.

### LUDOVICO:

¿Cómo puede errar, pregunto,  
entendimiento tan grave?  
El Marqués, siendo quien sabe  
más que todos y en un punto  
con el ingenio pelea,  
sutil, más filosofía  
que Aristóteles sabía.  
Él sabe lo que desea.  
Errar no puede el Marqués.  
Amor llamó a su cuidado,  
y pues Amor le ha llamado,  
no es otra cosa. Amor es.

### CHIRIMÍA:

(Acabóse. Errar no puede. Aparte  
Un ángel tengo por amo).

### ENRIQUE:

Si bien o si mal lo llamo,  
para otro lugar se quede.  
Bien sé que habrá de parar  
este afecto indiferente  
en una, y que solamente  
un objeto habré de amar,  
y sé que aquésta ha de ser  
la que me ama más de veras;  
que no hay partes lisonjeras  
que obliguen más a querer  
que amor y correspondencia.  
A las dos tengo de hablar  
y las habéis de escuchar  
con atenta diligencia

para ver si conocéis  
cuál tiene amor verdadero.  
Y en estas dudas espero  
que desengaños me deis.

LUDOVICO:  
Fuerza es que ambas quieran bien  
conociendo tu valor.

CÉSAR:  
Es investigable Amor.  
Vendados ojos no ven.

ENRIQUE:  
Ya a los balcones de Elena  
llegamos y ella me aguarda.

LUDOVICO:  
¡Qué discreta y qué gallarda  
saldrá a escuchar la sirena  
de tu boca! Si es servido,  
vueselencia, los criados  
pueden quedar retirados.  
Haremos menos ruido.

ENRIQUE:  
Idos, pues.

CHIRIMÍA:  
Si ésta que saca  
mi valor no está a tu lado,  
te falta...

ENRIQUE:  
¿Qué habrá faltado

CHIRIMÍA:  
Una espada muy bellaca.

Vanse CHIRIMÍA y JULIO

CÉSAR:  
(Porcia ilustre, a quien desea   Aparte  
en vano el alma dichosa,  
Porcia, como necia hermosa,  
Porcia, sabia como fea,

salid, salid de mi pecho.  
El marqués del Basto os ama.  
No caben amigo y dama  
en corazón tan estrecho.  
Refrénesse en vos mi amor  
ya que hasta aquí por mi bien  
ni me ha turbado el desdén  
ni me ha alentado el favor).

Sale ELENA a la ventana

ENRIQUE:  
¿Es Elena?

ELENA:  
¿Es el Marqués?

ENRIQUE:  
Sí soy, y el ser que he tenido  
soplo de tu boca ha sido,  
sombra de tus rayos es.  
En tu beldad divertida  
sin vida el alma llegó.  
Preguntaste si era yo  
y tu voz me dio la vida.

ELENA:  
Luego si en ausencia mía  
muerto como dices eres,  
tu misma vida no quieres  
pues no me ves cada día.

LUDOVICO:  
Agudamente arguyó.

ENRIQUE:  
Dijeras bien de esa suerte  
si el ver o dejar de verte  
consistiera en mí, pues yo  
con alma atenta y unida  
a tu presencia dichosa  
ver no quisiera otra cosa  
por tener eterna vida;  
pero la merced del Rey  
a ser mi desdicha viene  
pues sin vida me detiene

por obligación y ley,  
en tu ausencia y en tu gloria,  
pero yo, aunque no te veo,  
Argos hago del deseo,  
ojos hago a la memoria.

ELENA:

Tú, divertido y llevado  
de esa causa superior,  
no dejaras al amor  
un átomo de cuidado,  
porque es dulzura el privar  
que a todo deleite pasa;  
pero yo, sola en mi casa,  
¿qué he de hacer sino llorar?

ENRIQUE:

¿Qué sientes de esta razón,  
Ludovico?

LUDOVICO:

Que es felice,  
que ama de veras y dice  
afectos del corazón.

ELENA:

Enrique, Amor verifica  
su fuerza en mí, poderosa,  
tanto que estoy envidiosa  
del Rey porque comunica  
siempre tu ingenio y entiendo  
que éste desearte ver  
es afición de saber  
pues sólo oyéndote aprendo  
y de mi amor desconfío  
con un escrúpulo, y es  
que tiene más de interés  
que de amor este amor mío.  
Pero examen no requiere;  
sea amor o interés sea,  
siempre el alma te desea  
séase lo que quisiere.

ENRIQUE:

¿Qué sientes de esto también?

CÉSAR:

Siento que no tiene amor.

ENRIQUE:

En qué fundas ese error?

CÉSAR:

En que lo dice muy bien.

Más tiene de vizcaíno  
el amor que de elocuente.

LUDOVICO:

Amor infunde en la gente  
un espíritu divino.

ENRIQUE:

A tanto encarecimiento  
más que amante agradecido  
vendré a ser desvanecido;  
que humano agradecimiento  
no es capaz de tal favor,  
mi Porcia... digo mi Elena.

ELENA:

Otro cuidado, otra pena  
mostrasteis en ese error.  
Marqués, en los hombres sabios  
tal error verdad contiene,  
porque el corazón se viene  
muchas veces a los labios.  
¡En vuestra boca otro nombre!  
¡En vuestro pecho otro amor!  
La memoria hizo ese error;  
mas, ¿qué mucho si sois hombre?  
Idos, Marqués, norabuena.  
Vuestra misma lengua os ama.  
No usurpéis a vuestra dama  
las horas que dais a Elena.  
Vuestra boca por mi daño  
es leal. Traidora ha sido.  
Ella el amor me ha fingido.  
Ella me dio el desengaño.  
Escuchad mis voces, cielos.  
Rompan el viento deshechas.  
Verdades son, no sospechas.  
Injurias son, no son celos.

ENRIQUE:  
Óyeme.

ELENA:  
No quiero oír.

ENRIQUE:  
¿Por qué con tan sinrazón  
no quieres satisfacción?

ELENA:  
Porque me voy a dormir.

Vase ELENA

ENRIQUE:  
Óyeme, aguarda. No quieras  
mi muerte, hermosa mujer.  
¿Echaste, César, de ver  
qué quiere Elena de veras?

CÉSAR:  
Que lo finge he de juzgar.

ENRIQUE:  
La razón y causa espero.

CÉSAR:  
Porque el amor verdadero  
jamás se supo quejar.  
Celos te quiso ostentar  
porque muestras de amor son  
y a una ligera Ocasión  
cogió el copete.

LUDOVICO:  
Si amar  
no es aquello, nadie amó.  
Mas, ¡con qué linda advertencia,  
por picarla vuesaencia,  
con Porcia se equivocó!

ENRIQUE:  
No fue cuidado, fue error  
de la lengua y la memoria.

LUDOVICO:

Prosigamos esta historia.  
Averígüese este amor.  
Vamos cas de Porcia.

ENRIQUE:

Allí  
lo mismo ha de suceder.  
Cuidado tiene de ser  
lo que fue descuido aquí.  
Por ver si lo lleva mal,  
su nombre he de errar también.

CÉSAR:

Vueselencia mire bien  
que demás de ser trivial  
y común este picón,  
confundiéndole los nombres  
su amor revela y los hombres  
que amantes pródidos son,  
deben guardar más secreto.

ENRIQUE:

Habiendo Porcias y Elenas  
más que lirios y azucenas  
en márgenes del Seбето,  
ningún secreto revelo.  
Pienso que Porcia me espera.  
En tocando en esta esfera  
saldrán rayos de su cielo.

Llama y sale PORCIA a la ventana

PORCIA:

¿Quién llama?

LUDOVICO:

Puntual ha sido.

CÉSAR:

Debe de tener amor.

LUDOVICO:

Que es pobre dirás mejor  
y querrá un rico marido.

ENRIQUE:

Porcia pregunta quién llama.  
¿Quién puede llamar al sol  
sino un dichoso español  
que tesoros de luz ama?  
¿Quién al balcón del oriente  
puede despertar la aurora  
sino un dichoso que adora  
los jazmines de ese frente,  
las rosas de esas mejillas,  
la púrpura de esos labios?

PORCIA:

No me hagáis tales agravios.  
Con palabras más sencillas  
se explica amor verdadero.  
Vano desengaño alcanza  
pues no tengo otra esperanza  
sino que de veras muero.  
Alabadme de constante  
y no me alabéis de hermosa  
que es lisonja sospechosa.

ENRIQUE:

Todo lo tiene el diamante.  
Por ambas cosas se estima.

PORCIA:

¿Cómo estáis, mi señor?

ENRIQUE:

Bueno,  
y de inmensas glorias lleno  
después que esa luz me anima.

CÉSAR:

Aquella pregunta fue  
muestra de amor poderosa.

LUDOVICO:

Pienso que es falta de prosa.

CÉSAR:

Pienso que es sobra de fe.

PORCIA:

La prolijidad del día  
siempre me está fatigando,  
porque vivo deseando  
sombras de la noche fría  
y en perpetua esclavitud  
tengo el vivir indeciso,  
y aunque siempre tengo aviso,  
Marqués, de vuestra salud  
como es salud que me toca,  
hasta veros no me quieto  
y a quien ama es bien perfeto  
saberlo de vuestra boca.

ENRIQUE:

¿Qué te parece?

LUDOVICO:

Señor,  
diré lo que el alma siente.  
Habla muy caseramente.  
Pienso que es tibio su amor..

PORCIA:

Marqués, los muchos negocios  
siento que podrán cansaros.  
¡Oh, si yo pudiera daros  
mi soledad y mis ocios,  
y mi amor daros quisiera,  
pues con él y sin cuidado  
viviérades descuidado  
y yo querida recibiera,  
si bien sus efectos obra  
Amor, y los agradezco;  
que para lo que merezco  
cualquier amor vuestro sobra.

ENRIQUE:

¿Qué dices?

CÉSAR:

Que ama de veras.

LUDOVICO:

Más quisiera alguna joya.

ENRIQUE:

Esperad, que aquí fue Troya.  
Si con ese gusto esperas  
la noche quien sólo vive  
este rato, este momento,  
inmenso será el contento  
con que tus glorias recibe.  
Más hermosura veré  
que en el sol y las estrellas,  
pues tu hermosa luz entre ellas,  
bella Casandra, saldrá...  
Porcia digo. Porcia mía.

PORCIA:

Con razón la llamáis vuestra,  
pues más átomos no muestra  
el sol que es padre del día.  
Que Porcia ausente de vos  
da suspiros con cuidado.

ENRIQUE:

En ello no ha reparado  
o no lo siente, ¡por Dios!  
Mi Casandra, esos suspiros  
vanos son que el alma os doy.

PORCIA:

Ya que Casandra no soy,  
podré, mi Enrique, deciros  
que ninguna más que yo  
sabrán amaros con desvelos.

ENRIQUE:

¡Eso me decís sin celos!

PORCIA:

¿Qué honesto amor sospechó  
que errar el nombre es amar  
en otra parte?

ENRIQUE:

¿Es así?

PORCIA:

Amaros me toca a mí;  
no me toca averiguar

si soy amada de vos  
porque el hombre agradecido  
amando ha correspondido  
a semejanza de Dios  
con amor puro y honesto.  
Sentirme mi padre puede;  
la conversación se quede  
para otras noches en esto.

ENRIQUE:  
¿Sin celos, tenéis recelos?

PORCIA:  
Adiós, Marqués y señor.  
(Disimulemos, Amor.      Aparte  
Abrasada voy en celos).

Vase PORCIA

ENRIQUE:  
Fuése con lindo semblante.

CÉSAR:  
El irse fue sentimiento,  
la blandura rendimiento.

LUDOVICO:  
No se quejó, no es amante.

ENRIQUE:  
He de decir la verdad.  
El amor de Elena creo;  
que en Porcia afectos no veo  
nacidos de voluntad.  
Mi dueño Elena ha de ser  
y aunque más el alma inclino  
a Porcia, que es sol divino,  
la elección ha de vencer.  
LUDOVICO:      Gente siento y no es decencia  
que conozcan al Marqués.

ENRIQUE:  
Sí, mas sepamos quién es.

CÉSAR:  
Váyase, pues, vueselencia

a palacio, que es ya tarde  
y quedaremos los dos.

ENRIQUE:

Bien dices, César, adiós.

LUDOVICO:

A vueselencia nos guarde  
el mismo.

Vase ENRIQUE. Salen CHIRIMÍA y JULIO  
embozados

CHIRIMÍA:

El Marqués se fue.  
Fíngete, Julio, valiente.

CÉSAR:

¿Qué gente? ¿Quién va? ¿Qué gente?

CHIRIMÍA:

Dos hombres son. ¿No los ve?

LUDOVICO:

Queremos reconocellos.  
Ya vemos que son dos hombres.  
Dígannos luego los nombres.

CHIRIMÍA:

Dígannos los suyos ellos  
y no pasen adelante  
que está esta calle ocupada.

LUDOVICO:

Hará lugar esta espada.

CHIRIMÍA:

Si quisiere este montante.  
Julio, pues te toca aquél,  
mátale con osadía  
mientras mata Chirimía  
éste que le toca a él.

LUDOVICO:

Chirimía y Julio son.

CHIRIMÍA:  
Y con mucha honra.

LUDOVICO:  
¿Qué hacéis?

CHIRIMÍA:  
Estorban que no paséis  
porque están en posesión  
de esta calle tres supremos  
señores a quien aguardamos.

CÉSAR:  
¿No nos conocéis?

CHIRIMÍA:  
Estamos  
muy coléricos. No vemos.

LUDOVICO:  
A César y a Ludovico  
¿no conoces. Chirimía?

CHIRIMÍA:  
Era para esotro día.  
¡Vive Dios, que es un borrico  
si no hablan!

LUDOVICO:  
Loco estás  
si no hablaran, ¿qué sería?

CHIRIMÍA:  
A manos de Chirimía  
muertos por siempre jamás.

Vanse los cuatro y salen dos HOMBRES dando  
memoriales al REY

HOMBRE 1:  
Suplico a tu majestad  
que mire aqueste papel.

HOMBRE 2:  
Y este memorial, señor.

REY:

Bien está. Yo lo veré.  
Despejad.

Vanse los HOMBRES y sale ENRIQUE

ENRIQUE:

Dame tu mano.

REY:

¿Qué es esto, amigo Marqués?  
Diez horas estáis sin verme.

ENRIQUE:

Mil son para mí, no diez.

REY:

Entre el amor y amistad  
una diferencia hallé;  
que el amor puede ser malo,  
no la amistad.

ENRIQUE:

Así es.

REY:

Pues, si el amor no consiente  
breve ausencia sin temer,  
la amistad que es una especie  
más pura de amor, ¿por qué  
ha de permitir ausencias?

ENRIQUE:

Esos nombres no le des,  
señor, a mi esclavitud.  
Obligado a la merced  
que por quien eres me haces,  
que la amistad ha de ser  
entre iguales y si amor  
igual a y una tal vez  
dos extremos, dos distancias  
tiene valor y poder  
del cielo como la muerte,  
y en este caso no fue  
amistad sino amor.

REY:

Luego,  
cuando las almas en quien  
hay oculta simpatía  
se miran corresponder  
con amor, ¿no son iguales?  
Falso es, Enrique, y un rey  
en la sangre y el oficio  
puede distar y tener  
diferencia con los hombres;  
mas los ánimos, ¿no ves  
que, influyéndoles los astros,  
pueden ser iguales? Bien  
esta doctrina se muestra  
en nuestro ejemplo, porque es  
amistad la nuestra, Enrique.

ENRIQUE:

Beso mil veces tus pies.

REY:

Ve leyendo memoriales  
y tu cuerdo proceder  
los consulte y los resuelva.

Lee ENRIQUE

ENRIQUE:

"Fabio Rufo, coronel  
a tu majestad, suplica  
que algún castillo le dé  
donde puedan descansar  
sus servicios y vejez".  
El coronel lo merece.

REY:

Doyle el de Taranto, pues.

ENRIQUE:

Éste dice así: "Señor,  
otro aviso te dio ayer  
quien éste escribe a tu alteza.  
Mira, Alfonso aragonés,  
que se conjuran y tratan  
de quitarte el reino tres  
príncipes, vasallos tuyos,

y el que escribe este papel  
no osa declararte más".

REY:

Ya me han dado cinco o seis  
memoriales [de] este aviso,  
pero como yo no sé  
quién son estos conjurados,  
no hallo modo de entender  
la verdad de este suceso.

ENRIQUE:

¡Grave caso!

REY:

Pienso en él  
y dudo por dos razones:  
la primera porque aquél  
que estos papeles me escribe  
no me ha procurado ver  
ni su nombre firma en ellos;  
la segunda porque un rey  
que al peso de [su] justicia  
nunca ha torcido el fiel,  
que gobierna el reino en paz  
dando igualdad a la ley  
con todos, ¿por qué razón  
aborrecido ha de ser  
de sus vasallos y amigos?

ENRIQUE:

Yo, señor, responderé:  
yendo César al senado  
cuando ya el hado crüel  
de Fortuna destinaba  
para ponerle a los pies  
de la estatua de Pompeyo,  
le dio un amigo fiel  
otro aviso como aquéste,  
y él, al trágico vaivén  
de Fortuna destinado,  
nunca lo quiso creer  
y aquella alma generosa  
por menos de dos o tres  
heridas salir no pudo.  
En duda se han de tener

los sucesos que venidos  
se remedian más después.  
Su nombre no declaró  
quien te avisa, puede ser  
que no se atreva o que sea  
de los conjurados él  
por amistad o violencia.  
Y así para no romper  
la ley de su juramento  
ni ser vasallo infiel  
de esta manera te avisa.  
Ni es de importancia que estés  
administrando justicia  
y haciendo a todos merced  
para pensar que no puedas  
tener en tu reino quien  
te aborrezca y se te oponga.  
Si una nubecilla, que es  
vapor de la misma tierra,  
al sol se opone tal vez  
y nos oscurece un rato  
sus rayos de rosicler,  
la virtud y la grandeza  
son objetos contra quien  
arma venenos la envidia.  
Claro está que has de tener  
enemigos de este reino,  
del mundo hermoso vergel,  
quiere rey napolitano  
y le tiene aragonés.  
Heredástele, viniste  
con armas a defender  
tu justicia. No te espantes  
si le falta amor y fe.

REY:

¿Cómo sabré yo quién son?

ENRIQUE:

Yo pienso que la merced  
que en este reino me haces  
y el ser yo español también  
han de ser impedimento  
para saberlo.

REY:

¿Por qué?

ENRIQUE:

¿Quién duda que recatados  
más que ningunos estén  
de mí porque soy hechura  
y un rasgo de tu poder?

REY:

La necesidad da fuerzas  
al ingenio.

ENRIQUE:

Parecer  
fue de Homero.

REY:

En mí lo he visto.  
Una cautela pensé  
con que tú puedas saberlo.  
Y acuérdome que una vez  
me dijiste que felice  
sólo ha de llamarse aquél  
que supiere cuatro cosas:  
qué amigo le quiere bien,  
qué dama le corresponde,  
qué criado le es fiel,  
qué enemigo le persigue.

ENRIQUE:

Bien te acuerdas.

REY:

Oye, pues.  
Con la cautela que digo  
la vida aseguraré  
conociendo mis opuestos  
y de camino también  
podrás hacer experiencia  
de estas cuatro cosas.

ENRIQUE:

¿Qué es?

REY:

Yo he de fingir que no estás

en mi gracia y he de hacer  
que piensen que te aborrezco,  
y este enojo mostraré  
de manera que enemigo  
me juzguen tuyo, porque  
viéndote pobre, agraviado  
luego se querrán valer  
de tu generoso pecho  
contra mí, como de quien  
mis secretos sabe, y tiene  
ánimo para emprender  
grandes cosas. Y si acaso  
los que aborrecen mi bien  
no te buscaren, podrás  
llamándome a mí crüel,  
riguroso, injusto, ingrato,  
fingir que pretendes ser  
cabeza de conspirados  
contra mi reino porque es  
verosímil que conozcas  
con mañoso proceder  
los ánimos mal afectos.  
Vendrás me de noche a ver  
por ese jardín secreto,  
y de tu boca sabré  
lo que pasa y lo que debo  
remediar o disponer.  
Seré tu amigo de noche  
y aunque siempre lo seré,  
engañaremos de día  
el humano parecer.  
Con esta cautela, Enrique,  
que en la política ley  
es provechosa y es justa,  
asegurarme podré  
en este reino. Sabrás  
qué enemigos tengo, quién  
se conjura contra mí,  
quién mi favor y merced  
merece, y quién mi castigo.  
Yo también saber podré  
quién te quiere mal; que es fuerza  
si en mi desgracia te ven,  
que te acusen y murmuren  
y tú tocarás también  
con tus manos y experiencia

qué dama te quiere bien,  
qué amigos te son leales,  
qué criado te es fiel,  
pues la desdicha aparente  
toque y crisol ha de ser  
donde muerte la experiencia  
los quilates y la fe  
del amor y la amistad.

ENRIQUE:

Ponga la Fama el laurel  
que dio al ingenio de Ulises  
en tu frente, pues que ve  
industrias más eminentes  
y más heroico saber.  
Pero, señor, si de un trueno  
que un amago y señal es  
de los rayos ira breve,  
de un elemento se ve  
estremecerse los polos,  
tronchar un alto ciprés  
su pirámide, y temblar  
en las aguas un bajel,  
¿cómo podrá tener vida  
quien ve el semblante de un rey  
enojado, aunque esto sea  
trueno sin rayo. Un pincel  
forma un retrato real  
que en el lienzo o la pared  
da temor con ser pintado.

REY:

Enrique, ¿por qué teméis?  
Enojos que finge amor  
no tienen rostro crüel.  
Antes pienso que este enojo  
ejecutar no podré  
porque amor no ha de dejarme  
fingiros aborrecer.  
Un volcán que encierra fuego  
en su rústica preñez  
apenas consiente nube  
en sus sombras. Alma en quien  
vive amor mal disimula.

ENRIQUE:

Alegre el cuello pondré  
a tu enojo verdadero  
por darte un breve placer,  
cuanto y más por darte un reino.

REY:

Y reino que de ambos es.  
Hora es que vengan a audiencia  
ya los títulos, Marqués,  
ensayad vuestra tristeza;  
que yo me voy a aprender  
palabras con vos airadas.  
Pienso que no las sabré.

Vase el REY

ENRIQUE:

Ni la verdad las enseñe.  
Corazón, no hay qué temer.  
Animo, que no es de veras,  
sed leal en esto. Sed,  
fingiendo agora tristeza,  
agradecido a mi Rey.

Sale CÉSAR

¡Ah, Fortuna, bien te pintan  
con el rostro de mujer  
con un pie sobre una rueda  
y en el viento el otro pie.  
Vistes alas, calzas plumas.  
Todo es volar y correr.  
Tu palacio está en el mar  
y el soberbio chapitel  
besa planetas que son  
arcos errantes. Tu ser  
la misma mudanza ha sido.  
Lo que estable y firme fue  
no es tuyo, y son los trofeos  
de tu casa de placer.  
No testas de incultas fieras,  
no garras de aves que ven  
el camino de los vientos,  
sino cabezas que ayer  
eran envidia del mundo  
y hoy dan lástima también.

Felice sólo aquél  
que ve con proporción la voz del Rey:  
ni cerca que la abrase como suele,  
ni lejos que le olvide o que le hiele.

CÉSAR:

Señor, ¿ qué tristeza es ésta?  
¿Qué causas hay porque esté  
quejándose vuesaencia?

ENRIQUE:

Vi un relámpago que fue  
señal de rayos y truenos  
y he sentido estremecer  
las columnas de mi dicha.  
Hizo señal de romper  
sus hielos el mar del norte,  
divisan desde el Bauprés  
velas contrarias mis hados.  
Muévase el viento y en El  
tormentas me pronostican.  
Enojado al Rey hallé.  
Amagos son de mi suerte,  
desdichas de mi poder.  
Felice sólo aquél  
que ve con proporción la voz del Rey:  
ni cerca que le abrase como suele  
ni lejos que lo olvide o que le hiele.

Salen los Príncipes de TARANTO y SALERNO

TARANTO:

¿Oíste, Príncipe?

SALERNO:

Sí.

TARANTO:

¿Has entendido?

SALERNO:

Muy bien.

ENRIQUE:

¡Ay, de mí! Que siento pasos  
de mi desdicha. El Rey es.

Salen el REY y LUDOVICO

REY:

¡Oh, Príncipes, yo agradezco  
que a palacio vengáis hoy  
cuando justiciero estoy,  
[..... -ezco].

Cuando al mismo sol parezco  
para amigos y enemigos,  
justicia soy. Sed testigos  
que en mi peso recto alcanza  
mercedes una balanza  
y otra balanza castigos.

[Si el gran Trajano mostró  
su rectitud en el hijo,  
yo por su ejemplo me rijo  
y en el que más me agradó  
mi rigor ostenta yo  
y mi justicia distinta  
borra su imagen sucinta  
como pintor avisado  
que no quiere, al ver que ha errado  
que le afrente lo que pinta].

Enrique ha sido la basa  
de mi amor. Servir no supo  
y así en mi gracia no cupo.  
Salga de ella y de mi casa;  
que haciendo justicia pasa  
un rey de inmortal a eterno.  
Sed, Príncipe de Salerno,  
Canciller de aquí adelante,  
y vos, Príncipe, Almirante.

SALERNO:

Quite el nombre tu gobierno  
al de Trajano y de Numa  
pues que los dejas atrás.

TARANTO:

Con esto materia das  
a la lengua y a la pluma.

REY:

El que es ingrato a la espuma  
de las aguas se compara.

Vos sois Marqués de Pescara;  
César es Marqués del Basto.

LUDOVICO:

Dé el cielo, pues yo no basto,  
gracias a merced tan rara.

REY: [Lengua a su Rey atrevida,  
verificado nos deja  
el cuento de la corneja  
de ajenas plumas vestidas.  
Cada cual la suya pida;  
que ajenas plumas parecen  
las que al dueño desvanecen.  
Ni te alabes, ni presumas.  
Vuelve,. corneja, las plumas  
a aquéllos que las merecen].

ENRIQUE:

Tus pies beso porque has sido  
con los cuatro liberal.  
Solamente llevo mal  
que des nombre de atrevido  
a quien con tu luz ha sido  
un atento girasol.  
¿Ingrato fue un español?  
¿Cuándo un átomo que mueve  
el sol hermoso se atreve  
contra los rayos del sol?  
[¿Cuándo arroyo que al mar frío  
corre con tantos temores  
que tropieza entre las flores  
se atreve al poder de un río?  
¿Cuándo ruiseñor sombrío  
que ama y canta sin sosiego  
se atrevió obstinado y ciego  
contra el águila suprema  
que las alas pardas quema  
en las regiones del fuego?]  
¿Yo te he ofendido jamás?  
Dime, gran señor, en qué?

REY:

En secreto lo diré.

Llega acá...

Llégate más.

ENRIQUE:

Pienso que enojado estás  
de veras. ¿Esto es fingir?

REY:

Marqués, ¿qué puedo decir  
sino que quiero aprender  
semblante de una mujer  
para acertar a mentir.  
No temáis, Enrique, vos  
que si dios el rey se llama,  
claro está que el Rey os ama  
y amigos somos los dos.  
Porque a sus amigos Dios  
da trabajos y cuidados;  
mas son trabajos pintados.  
Mi Job sois, yo a Dios imito  
y si los bienes os quito,  
yo os los volveré doblados.

ENRIQUE:

Los tesoros más supremos  
son tu gracia y tu favor.

REY:

Mi reino es vuestro.

ENRIQUE:

Señor,  
no merezco esos extremos.

REY:

Enrique, disimulemos.

ENRIQUE:

De disculpas, ¿no te agradas?

REY:

Ni ruegues ni persüadas.  
Vuelve a ser lo que antes eras;  
que a sus materias primeras  
vuelven las cosas pasadas.  
Cuatro títulos di yo  
que el honor de Enrique fueron.

Los tres las gracias me dieron  
y sólo César calló.

CÉSAR:

Al oír que te ofendió  
un hombre que quise tanto  
admiréme y con espanto  
se pasmó mi corazón,  
y sólo la turbación  
pudo detener el llanto.  
Dos dudas luchan en mí:  
hallo, viendo su lealtad  
que su culpa no es verdad;  
vuelvo los ojos a ti,  
hállote recto y así  
fuerza es que culpado sea,  
pero, como a Enrique vea  
luego de su parte soy  
y en tales dudas estoy  
que no sé lo que me crea.

REY:

Título del Basto os den.

CÉSAR:

Yo no lo acepto, señor,  
porque si Enrique es traidor,  
quiero yo pagar también  
haberle querido bien,  
y si acaso no es culpado  
y tú estás mal informado,  
tampoco lo he de aceptar  
porque le quiero imitar  
en ser bueno y desdichado.

REY:

No os quité vuestra riqueza  
si os he dejado este amigo.

ENRIQUE:

Una sombra soy que sigo  
los pasos de tu grandeza.

CÉSAR:

Aquí la Fortuna empieza  
sus tragedias.

REY:

No hay rigor  
que disimule un amor.

TARANTO:

Cayó un soberbio.

SALERNO:

Era ley.

ENRIQUE:

(Fiero enojo es el de un rey;   Aparte  
aún fingido da temor).

## ACTO SEGUNDO

Salen JULIO, CHIRIMÍA y don ENRIQUE

ENRIQUE:

A esta pobre casa, amigos,  
se redujo mi grandeza.

Temblando está mi cabeza  
de mis fuertes enemigos,  
no de mis culpas. Ya sí  
pienso que a ellos mismos hoy  
da lástima lo que soy  
como envidia lo que fui.

[El agua que inunda el orbe  
del piélago se desata  
y en golfos de nieve y plata  
tantas máquinas se sorbe.

Baña con curso ligero  
montes y valles sombríos  
y al fin, al fin hecha ríos,  
vuelve a su centro primero.

Los hombres son de esta suerte:  
de polvo y de nada nacen  
y así su pompa deshacen  
en la desdicha y la muerte].

Los criados que tenía  
y mi casa han ilustrado  
como sombras me han dejado

al caer la luz del día.  
[Por no poder sustentar  
algunos, los despedí,  
y otros me dejan a mí  
viendo que no han de medrar].  
A los dos se ha reducido  
mi familia y aparato.

JULIO:

Yo, mi señor, aunque ingrato  
no soy al bien recibido,  
como el hombre siempre aspira  
a su bien y conveniencia,  
te vengo a pedir licencia.

ENRIQUE:

Nada me espanta y admira  
después de mi adversa suerte.  
Tú eres, Julio, el hombre a quien  
hice en mi vida más bien.

JULIO:

La pobreza es civil muerte.  
El Conde ocupa tu puesto,  
pues sabes que soy fiel  
suplícote que con él  
me acomodes porque en esto  
sabes, mi señor, que acierto.

ENRIQUE:

Bien está. Lo que deseas,  
Julio, haré; porque me veas  
hacer bien después de muerto.

(A Chirimía)

¿Y quién duda que también  
licencia me pedirás,  
pues confieso que jamás  
de mí recibiste bien?  
Razón al menos tendrías.

CHIRIMÍA:

Si reparas en los nombres,  
notarás que no son hombres  
ingratos los Chirimías.

Yo nací de buena gente;  
desciendo por línea reta  
de un bajón y una corneta  
y un soplador excelente.  
Porque acompañar solía  
a escribanos y alguaciles,  
neblís de garras sutiles,  
me llamaron Chirimía.  
Pero aquesto, en conclusión,  
me da grande pesadumbre.  
Polvo, ni caldo, ni lumbre  
soplé por no ser soplón.  
Y con pocos intereses  
te sirvo, dilo tú mismo,  
diez años ha que en guarismo  
montan ciento y veinte meses,  
pero en cuentas castellanas,  
tomando papel y pluma,  
lo que te he servido suma  
quinientas y diez semanas.  
Y si la cuenta confías  
de un zángano entretenido,  
te dirá que te he servido  
tres mil y seiscientos días.  
Y si todo aquesto ignoras,  
te sacaré de la duda  
la aritmética menuda:  
son ochenta y seis mil horas.  
Servirte siempre imagino  
como lo he hecho hasta aquí.  
Soy español y comí  
tu pan y bebí tu vino.  
Yo también seguirte quiero  
vivas gordo y mueras flaco,  
y no como este bellaco  
ingratonazo y grosero.  
Asado estés en dos hornos:  
no tengas honra ni fama.  
¿Hombre que Julio se llama  
qué ha de hacer sino bochornos?

Sale un CRIADO

CRIADO:  
Señor don Enrique, aparte  
quiero una palabra.

ENRIQUE:  
Di.

CRIADO:  
Señor don Enrique, aquí  
vendrán esta noche a hablarte  
dos Príncipes y el secreto  
es de importancia.

ENRIQUE:  
Esperando  
estaré con gusto.

CRIADO:  
Cuando  
esté en silencio perfecto  
la noche con vigilancia,  
han de venir recatados.  
Haz retirar los criados.

ENRIQUE:  
En buena hora. De importancia  
es la cautela.

Vase el CRIADO

(Ya empieza Aparte  
a obrar mi falsa caída.  
¡Cielos, amparad la vida,  
el estado y la grandeza  
de Alfonso, mi buen señor!)

CHIRIMÍA:  
Ludovico viene.

Sale LUDOVICO

ENRIQUE:  
Venga,  
porque su amistad detenga  
a mi desdicha el rigor.  
¿Quién en mis males mostrara  
pecho magnánimo y rico  
sino el magno Ludovico,  
nuevo Marqués de Pescara?

¿Quién pudiera ser primero  
en levantar a un caído  
sino aquél que sólo ha sido  
el amigo verdadero?  
[Para que llorar no pueda  
me honra el cielo de este modo  
porque no me falte todo  
pues tal amigo me queda.  
No dije bien; y ante digo  
y es decirlo justa ley  
que nada me quita el Rey  
pues me deja tal amigo].  
¿Quién duda, señor Marqués,  
que te haya dado tristeza  
la desdicha y la pobreza  
que en aquesta casa ves?  
Pero la Fortuna esquiva  
no me tiene de vencer.  
Déme más que padecer  
como Ludovico viva.

LUDOVICO:

Don Enrique, todo pasa.  
Un día sigue a otro día  
y muy en vano porfía  
la Fortuna. Que esta casa  
reconozca me ha mandado  
el Rey, y en efecto quiero  
ser en servirle el primero.  
Leed este papel cerrado,  
que es suyo.

ENRIQUE:

Entrad, mi señor.

LUDOVICO:

Yo la he de reconocer.

CHIRIMÍA:

(¿Que esto un amigo ha de hacer?) Aparte

JULIO:

(Verse un hombre en tanto honor Aparte  
hace mudar condición).

CHIRIMÍA:

(¡En criados mal nacidos!)      Aparte

ENRIQUE:

Alma, ser, vida y sentidos  
de mi Rey y vuestros son.  
Entrad a reconocer  
casa que riega mi llanto.

LUDOVICO:

Ved el papel entretanto  
porque habéis de responder.

Vase LUDOVICO

ENRIQUE:

Sello del Rey, yo confieso  
que alegre el alma dispongo.  
Sobre mi cabeza os pongo;  
con el alma y boca os beso.

Lee

"No soy Rey si me faltáis,  
mi Enrique. Sin vos, ¿qué valgo?  
Si de nuevo sabéis algo  
me avisad y cómo estáis.  
Si tenéis amigo fiel  
voy investigando ya,  
pero nunca lo será  
el que lleva este papel.  
César solicita, amigo,  
que a mi palacio tornéis.  
Feliz vos que conocéis  
al amigo y enemigo".  
Trae recado con que escriba.

Vase CHIRIMÍA

¡Oh, gran Rey, cuánto te debo!  
¡Nuevo Numa, César nuevo!  
¡Siglos tu grandeza viva!

Dentro

CHIRIMÍA:

Señor, Conde, ¿es alguacil?

¿Qué busca por los rincones?  
(Ojos tiene porquerones      Aparte  
y alma corcheta sutil).  
¿Es ya su curiosidad?  
Pues, ¿qué mira? No tenemos  
sino dos grandes extremos  
de pena y necesidad.  
Todo el Rey nos lo ha quitado  
por bellacos y malsines.  
¿Qué busca? (Amigos rüines      Aparte  
nos trujeron a este estado).

Salen LUDOVICO y CHIRIMÍA detrás

LUDOVICO:  
Tu humor bufonesco y frío  
no debe extenderse tanto;  
que se ofende el sacrosanto  
mandato real.

CHIRIMÍA:  
Conde mío,  
grave y enojado estás.

LUDOVICO:  
Ministros que son severos  
de los hombres chocarreros  
no deben gustar jamás.

ENRIQUE:  
Pídeme el Rey dos papeles  
y aquí dónde están le aviso.  
Ya que la Fortuna quiso  
darme estrellas tan crüeles  
que influyen adversidades,  
suplico, señor Marqués,  
a vueselencia, pues es  
tan amigo de verdades  
que ampare allá mi virtud  
tan perseguida.

LUDOVICO:  
Sí, haré.  
Ya al Rey, mi señor, hablé.

CHIRIMÍA:

Así sea tu salud.

ENRIQUE:

Julio servirle desea.  
Suplícole le reciba  
en su servicio. Así viva  
largos años.

LUDOVICO:

Julio sea  
mi criado.

JULIO:

A tal merced  
dé el alma correspondencia.

ENRIQUE:

Los pies beso a vueselencia.

LUDOVICO:

Dios guarde a vuestra merced.

Vanse LUDOVICO y JULIO

CHIRIMÍA:

¡Vuesa merced! ¿Vuesa--qué?  
Baje un rayo que le queme.  
¡A don Enrique V y M,  
habiendo sido V y E?  
¿Vueselencia ayer, y hoy  
vuestra merced?

ENRIQUE:

El Marqués  
sabe muy bien ser cortés.  
Enrique de Avalos soy  
solamente y no me toca  
agora otra cortesía.  
Ten paciencia, Chirimía.

CHIRIMÍA:

Coso a dos cabos mi boca.

ENRIQUE:

(Al Rey he avisado ya      Aparte  
la junta que han aplazado  
esta noche. Bien cerrado

va el papel. No le abrirá).

Sale CÉSAR y vase CHIRIMÍA

César generoso y rico,  
¿venís con otro papel  
tan riguroso y crüel  
como el Conde Ludovico?  
¿Venís a llevarme preso  
a más estrecho cuidado  
ya que por cárcel me han dado  
la ciudad?

CÉSAR:

No vengo a eso;  
pues cuando su majestad  
tan rigurosos decretos  
ejecutar me mandara,  
con lágrimas y con ruegos  
del Rey al Rey apelara  
o me quitara primero  
de este corazón la vida,  
la cabeza de este cuello.  
No soy ministro del Rey.  
Solo a visitaros vengo,  
con su licencia; que agora  
más os amo y más os quiero.  
Cuando en el verano alegre  
está rico, está soberbio  
el árbol con cuya pompa  
el sol padece desprecios;  
[cuando sus flores compiten  
con las estrellas del cielo,  
en su verde majestad,  
blasón hermoso del tiempo;  
cuando en su gallardo fruto  
roba el color lisonjero  
al topacio y el rubí  
rojo y pulido bosquejo;]  
¿Qué mucho que el pajarillo  
que de sus pimpollos tiernos  
contra pájaros rapantes  
tiene su amparo y sustento  
no quiera apartarse de él?  
Mas cuando llega el invierno  
derribando la hermosura

que abril y mayo le dieron,  
[y cuando las inclemencias  
de las aguas y los vientos  
en arrugadas cortezas  
le dejan desnudo y feo;  
cuando las aves le esquivan  
por encogido y por seco  
sin ver que otra primavera  
galas le dará a su tiempo,]  
entonces sí que se muestra  
aquel amor verdadero,  
[aquel instinto piadoso  
y bruto conocimiento]  
de la viuda tortolilla  
que entre las ramas trofeos  
en que mostró su poder  
el fiero enojo del cierzo  
vive triste y muere alegre.  
Así yo, cuando los cielos  
con sus astros favorables  
prosperidad te infundieron  
no hice mucho en ser tu amigo.  
[Si los príncipes del reino  
como al sol los girasoles  
a tu voluntad atentos  
del aliento de tu boca]  
pendían, y mi provecho  
entre las honras hallaba  
de tu amistad, o a lo menos  
parecer ambición pudo  
lo que era amor. Pero luego  
que la Fortuna y los hados  
se te mostraron adversos;  
[y en la noche de tu dicha  
cual vanas sombras huyeron]  
cuando te dejaron todos,  
tórtola soy que te muestro,  
buscando tus secos ramos,  
tu dolor y sentimiento.  
[Por ti mismo te he querido:  
para el amor de mi pecho  
lo que fuiste eres agora  
y aún eres más, pues teniendo  
magnánimo corazón  
mereces renombre eterno  
de varón constante y fuerte:

un Hércules y un Teseo,  
otro Píldes y Orestes,  
otro prodigioso ejemplo  
en los anales del mundo  
de tierna amistad seremos].  
Bien sé que al Rey no ofendiste.  
En mi mismo pensamiento  
reconozco tu lealtad;  
que vivifica dos cuerpos  
un alma sola, y así,  
siendo tú otro yo, bien puedo  
decir que traición no hiciste  
pues que yo traición no he hecho.  
Envidia te ha derribado,  
que es rayo, aborto del trueno,  
que en lo poderoso y alto  
funda su poder violento.  
[Hoy el Rey, como hombre al fin  
sujeto a humanos afectos  
pasó su amor a otros polos  
como el sol a otro hemisferio].  
Yo, Enrique, pobre no estoy;  
hacienda heredada tengo.  
Dueño eres de ella, pues eres  
alma de su mismo dueño.  
Si acaso estás temeroso  
del enojado y severo  
semblante del Rey, a España  
pasarnos los dos podemos.  
[Corramos una fortuna  
Suframos los dos el peso  
de la herida que te oprime  
girando en fatales vuelcos].  
Joyas tengo y dos caballos  
que español cristal bebieron  
en las orillas de Betis,  
[uno blanco y el otro negro  
que a los del alba parecen].  
Huyamos los dos en ellos  
a otro clima, a otra región,  
a otros mares, a otros reinos,  
a otro Rey que reconozca  
tus grandes merecimientos,  
y a otro Rey que niegue oídos  
a envidiosos lisonjeros.

ENRIQUE:

Dichosa mi adversidad,  
pues es la piedra en que pruebo  
los quilates de tu amor.  
Con el alma te agradezco  
la generosa intención  
pero no me oprime el miedo,  
la conciencia está segura,  
y espero en Dios que algún tiempo...  
(Pero, secreto, detente.      Aparte  
No te atrevas al silencio.

Sale CHIRIMÍA

CHIRIMÍA:

Aquí ha llegado, señor,  
a la puerta un escudero  
de la Condesa.

ENRIQUE:

¿De cuál?

CHIRIMÍA:

Eso es lo que yo no entiendo.  
"La Condesa, mi señora,  
--me dijo-- tiene deseo  
de ver al señor Enrique",  
y volvió la espalda luego.

ENRIQUE:

De Elena debe de ser  
que el enojo de los celos  
serenó con mis desdichas.  
Porcia, como pobre, entiendo  
que mi estado pretendía  
y ya habrá dado a los tiempos  
su esperanza y su cuidado.

CÉSAR:

Si ha sido amor verdadero  
el de Elena, con su estado  
vivirás rico y contento.

ENRIQUE:

Del amor y la amistad  
un examen voy haciendo.

Amor, descúbrete agora.  
Haz tu valor manifiesto  
pues la amistad sacrosanta  
su verdad ha descubierto.

Vanse. Salen ELENA e ISABEL

ISABEL:

¿Cómo es posible, mi Elena,  
que ya no te comuniqué,  
con las desdichas de Enrique,  
el Amor alguna pena?  
[¡Pobre Enrique y alegre estás!  
¡Enrique sin su privanza,  
Enrique en tanta mudanza,  
y tú no lo sientes más!]

ELENA:

Isabel, una verdad  
quiero que sepas agora:  
ni se rinde, ni enamora  
mi soberbia voluntad.  
Nunca supe qué es amor  
y aquel fingido cuidado  
era una razón de estado  
y un designio superior.  
Hablando afecto, no amaba;  
mi aumento así pretendía  
porque ser mujer quería  
del que este reino mandaba.  
Cayó y así te prometo  
que mi intención hizo pausa  
porque cesando la causa  
ha de cesar el efeto.

ISABEL:

Si aspiras a ser mujer  
de privado, Ludovico  
es ya generoso y rico  
y tu dote viene a ser  
el mejor del reino. Intenta  
rendirle a tu voluntad  
con estado y majestad.  
El mismo Rey hará cuenta  
de ti según lo que veo.  
Lo que te he dicho procura.

En riqueza y hermosura  
serás el sol y el trofeo  
de Nápoles.

ELENA:

Dices bien.

mi gallarda presunción  
aconseja al corazón  
que lo sienta así también.

Pero Ludovico tiene  
amistad a Enrique, fiel,  
e intercediendo por él  
pienso que a mi casa viene  
porque me envió un recado  
diciéndome que tenía  
que hablar conmigo este día  
un negocio, y he pensado  
que le pretende casar  
conmigo, sin duda alguna  
pensando que su fortuna  
así se ha de mejorar.

Pero son grandes engaños  
si esto Enrique imaginó.  
¿Mujer de hombre pobre yo,  
Isabela? ¡Malos años!

ISABEL:

La condesa Porcia viene.

ELENA:

Como la doy alimentos  
y está pobre, por momentos  
me está pidiendo.

ISABEL:

Ella tiene,  
conforme a su calidad  
la riqueza y la hermosura.  
Prima es tuya; honrar procura  
tu sangre con tu lealtad.

Sale PORCIA

PORCIA:

Yo he de volverme de priesa.  
La silla espere.

ELENA:  
En buen hora  
vengas, Porcia.

PORCIA:  
Mi señora,  
mi bien, amiga, Condesa,  
[no vengo como solía  
a recibir tus favores;  
que son las penas mayores  
que están en el alma mía].  
Amor mandó que viniera  
a pedirte, como suelo,  
a pesar de mi desvelo  
y basta que Amor lo quiera.

ELENA:  
Desdichas, pena, dolor,  
lágrimas, desasosiego,  
humos son de oculto fuego.  
¡Mátenme si no es Amor!

PORCIA:  
¡Ay, prima! Tú has acertado.  
Amor es. De amores lloro;  
sino que está quien adoro  
muy pobre y necesitado.  
Perdóname mis ternezas  
porque son finas verdades.

ELENA:  
Dilas, prima, necedades:  
afectos no, ni finezas.  
¡Porcia ha de amar obligando!  
¿Sangre de un rey procedida  
ha de comprar ser querida?  
Dime, prima, dime: ¿cuándo  
has visto ilustre mujer  
con ese cuidado vil?  
¿De qué romana gentil  
se oyó tal? ¿Tú has de querer  
hombre pobre, siendo tales  
sus partes que amor te sobre?  
Pobre tú y tu amante pobre,  
¿no es juntar dos hospitales?

[Amor que forzosamente  
por fin tiene el casamiento  
no debe ser tan violento,  
tan necio y tan imprudente.  
Tu hermosura y calidad  
fuerza es que causen cuidados  
a príncipes con estados,  
con riqueza y majestad].  
Rica soy, estado tengo,  
pero más rico ha de ser  
quien me quiera por mujer.

PORCIA:

Incapaz, Elena, vengo  
de consejo. Tú me das  
dos mil ducados de renta;  
que tu mano me alimenta.  
Dame una joya no más.  
No quiero más alimentos.  
No quiero más que me des  
como ostente amor al que es  
alma de mis pensamientos.

ELENA:

A tanta resolución  
yo no tengo otra respuesta,  
Porcia amiga, sino ésta.  
Estas dos sortijas son  
giros y esferas del día  
y esta joya es relevante.  
En ella brilla un diamante  
que al mismo sol desafía.  
Cuatro mil escudos valen.  
Por ellas te los darán.  
Luces son que enjugarán  
perlas que del alba salen.  
Toma, prima.

PORCIA:

Yo he de ser  
tu esclava y en serla gano.

ELENA:

¿Qué tienes en esa mano?

Tiene una banda

PORCIA:

Diéronme una nueva ayer  
de pesadumbre. Tenía  
un cuchillo que fue rayo.  
Siguió al pesar un desmayo.  
Caí, cortéme y había  
de escribir hoy un papel  
acerca de mi cuidado  
y no podré. Trae recado  
y escribirásle, Isabel.

ELENA:

Yo seré tu secretaria  
y aprenderé por si amare  
alguna vez.

PORCIA:

Quien hallare  
esa quietud necesaria  
al vivir, no quiera bien.  
No inquiete, no, su memoria  
pues se pierde en esta historia  
el alma y vida también.

ELENA:

Nota, prima, que en tu estilo  
darás a mi pensamiento  
o doctrina o escarmiento.

PORCIA:

¡Felice ignorancia!

ELENA:

Dilo,  
de veras.

PORCIA:

Escribe, pues.

ELENA:

Ve diciendo.

PORCIA:

"Sabe el cielo,  
[mi señor...]"

Salen LUDOVICO y JULIO

LUDOVICO:

Nada recelo;  
que cierta mi dicha es  
si alcanzo lo que pretendo].  
Con Elena me está bien  
desposarme.

JULIO:

A ella también.

LUDOVICO:

Reparo que está escribiendo.

ELENA:

["Si es tu afición verdadera,  
bien la encareces así"].

ISABEL:

Señora, el Conde está aquí.

ELENA:

(¡Y cómo si no estuviera      Aparte  
si viene a lo que imagino!)

A ELENA

ISABEL:

Dile a boca o por papel  
como le quieres a él.

ELENA:

Sin duda me determino.

PORCIA:

A solas sabrás mejor  
si te quiere. Doy lugar.

LUDOVICO:

Si he venido yo a estorbar  
volveréme.

PORCIA:

No, señor.

Vase y llévase el papel escrito

LUDOVICO:

Señora, sin tu licencia  
hasta donde está me he entrado.,

ELENA:

Venir puede, confiado,  
a su casa, vueselencia.

LUDOVICO:

Señora, mi amor os digo  
sin retóricos rodeos;  
que no pueden mis deseos  
con un tan grande enemigo  
reposar. En conclusión,  
puesto que el alma os adora,  
alcance el Conde, señora,  
lo que Enrique quiere.

ELENA:

Son  
inútiles pensamientos  
porque os digo que elegí  
otro vos por dueño, y si  
entendéis bien mis intentos,  
no os obligue el amistad  
a hacer contra vos; y digo  
que es bien que mire el amigo  
primero su utilidad.  
Atrévome a aconsejaros  
por quereros bien, y en esto  
no puede un amor honesto  
más claramente mostraros  
su intención.

LUDOVICO:

(¡La obligación Aparte  
de la amistad me ha acordado!)

ELENA:

Habiéndome declarado,  
triste estáis. ¿Por qué razón?

LUDOVICO:

[Porque decís, mi señora,  
que vos con Enrique estáis  
en esa opinión.

ELENA:

No vais  
bien, porque mi pecho adora...  
el que digo... y me holgara  
que así de vos lo supiese.

LUDOVICO:

¿Y no queréis que me pese?

ELENA:

No, si estimáis la fe mía].

ISABEL:

Enrique ha entrado.

ELENA:

(Esperando Aparte  
la respuesta estaba).  
Adiós,  
por no estar entre los dos  
adorando y despreciando.  
Conde, ya os dije mi pena.  
Perdonad mi atrevimiento  
y haced este casamiento  
porque os sirva siempre Elena.

Sale ENRIQUE

Enrique, el Conde os dará  
respuesta a vuestra intención ;  
que, pues me vio el corazón,  
lo que en él pasa os dirá.

Vase ELENA

LUDOVICO:

Podré decir que no eres  
desdichado en todo, pues  
tuya la Condesa es.

ENRIQUE:

¡Oh, blasón de las mujeres!

LUDOVICO:

Con gran fe, con gran prudencia  
te está amando.

ENRIQUE:

¿Quién podía  
darme nuevas de alegría  
que no fuese vuesaencia?

LUDOVICO:

(Corrido estoy y afrentado; Aparte  
que conserve Elena amor  
a un hombre medio traidor  
y que a mí me ha despreciado.

ENRIQUE:

Irle tengo acompañando  
si gusta.

LUDOVICO:

¿No he de gustar?

Vanse los dos

CHIRIMÍA:

¡Que se deje acompañar  
Ludovico! Estoy rabiando.  
Sí, ¡vive Dios!

JULIO:

¿No me ves,  
que he de ir delante?

CHIRIMÍA:

¿Esto pasa?

JULIO:

¿Cómo va de hambre en casa?

CHIRIMÍA:

Yo te lo diré después.

JULIO:

Tente.

CHIRIMÍA:

Julio, si hasta aquí  
Chirimía me llamé,  
Mayo me llamo.

JULIO:

¿Por qué?

CHIRIMÍA:

Por ir delante de ti.

Vanse los dos, CHIRIMÍA delante, y salen  
PORCIA y CELIO escudero

PORCIA: ¡Ce, Chirimía! ¡Ah, criado  
de Enrique! Fuése y no oyó.  
Tras el Conde va, y entró  
aquí. ¿Si me habrá buscado?  
Que es tanto lo que le quiero  
en desearle servir  
que luego tiene de ir  
a buscarle un escudero.  
Tome, Celio, vaya presto  
tras Enrique y dale a él  
estas joyas y papel.

Dale una caja

CELIO:

¡Mátenme si amor no es esto!

Vanse y salen CHIRIMÍA y ENRIQUE

CHIRIMÍA:

A oscuras nos deja Febo.  
¿Quieres luz?

ENRIQUE:

Sí, tráela apriesa.

CHIRIMÍA:

Luz te traeré portuguesa.

ENRIQUE:

¿De qué suerte?

CHIRIMÍA:

Vendrá en sebo.

Ya la que labró de abeja,  
blanca cera entre miel pura,  
en ti se ha vuelto gordura  
de un chivato o de una oveja.

Esta Fortunilla vil  
a sebo nos trae de cera.

Plega al cielo que no quiera  
bajar de sebo a candil.

Y aun según es la Fortuna  
aun de eso podrá quitar,  
pues que nos vendrá a dejar  
a los rayos de la luna.

ENRIQUE:

Naturaleza los da  
para ausencia de los días.

CHIRIMÍA:

Son excelentes bujías  
para lechuzas.

Sale CELIO

CELIO:

¿Está  
don Enrique en casa?

CHIRIMÍA:

Sí.

CELIO:

Entro, pues. Tus manos besa  
mi señora la Condesa  
y esto envía para ti.

Vase

CHIRIMÍA:

Caja y papel con respeto  
besándolo te dejó  
y las espaldas volvió.  
No vi azogue tan inquieto.  
El de hoy es, y se va

sin decirnos qué Condesa  
aunque tantas te dan presa.

ENRIQUE:  
El papel nos lo dirá.

CHIRIMÍA:  
Voy por luz humilde y baja  
antípoda de la miel,  
no para ver el papel  
sino para abrir la caja.

Vase

ENRIQUE:  
Finezas serán de Elena  
que hoy con discreto cuidado  
en su amor disimulado  
rebozó tan bien la pena.

Sale CHIRIMÍA con luz

CHIRIMÍA:  
Lo que da mujer es viento.  
Tesoros de duende son.  
No se nos vuelva carbón.  
Abre la caja con tiento.

ENRIQUE:  
Veré el papel.

CHIRIMÍA:  
¡Pesía tal!  
Abre la caja. ¿Qué lees?  
¡En tu vida brujulees  
las nuevas del bien o el mal!

Lee

ENRIQUE: "Sabe el cielo, mi señor,  
las lágrimas y la pena..."  
Letra es ésta de mi Elena.  
¡Oh, qué finezas de amor!  
"...que me ha costado el rigor,  
con que la Fortuna fiera  
trata fe tan verdadera,

que no tiene culpa, no,  
hombre que tal mereció  
que yo le estime y le quiera.  
Esas joyuelas te envío  
que son humildes trofeos  
de mis gigantes deseos.  
Recíbelas, dueño mío;  
que yo en el tiempo confío  
que al discurrir y volar  
tu dicha ha de mejorar  
por bien diferentes modos.  
Y cuando te falten todos,  
yo no te puedo faltar".

CHIRIMÍA:

¿Firmó?

ENRIQUE:

Cuando viene a ser  
de una persona querida,  
la letra tan conocida,  
la firma no es menester.  
¡Oh, soberana mujer!  
Tú serás de aquí adelante  
blasón que la fama cante.  
Poetas, los que decís  
que es vario animal, mentís.  
Veis aquí mujer constante.  
Si en estado lastimoso  
hay mujer que no me niega,  
callad vos, Elena griega,  
pues hay Paris más dichoso.

CHIRIMÍA:

Abre ya; que no reposo  
hasta ver la rica alhaja  
que a Muza envió Daraja.

ENRIQUE:

Más estima un alma fiel  
las finezas del papel  
que las joyas de la caja.

CHIRIMÍA:

¡Por Dios, que brillan!

ENRIQUE:

Yo vi  
en su pecho aquesta joya,  
las veces que, como Troya,  
a su misma luz ardí.

CHIRIMÍA:

Son diamantes finos.

ENRIQUE:

Sí.  
No digas locuras ya  
aunque en las piedras no está  
la fineza o la riqueza.

CHIRIMÍA:

Pues, ¿dónde está?

ENRIQUE:

En la fineza  
de la mujer que las da.

Llaman dentro

CHIRIMÍA:

Cierra la caja; que creo  
que vuelven por ella.

ENRIQUE:

Vete  
a dormir.

CHIRIMÍA:

¿De qué clarete  
me ves borracho?

ENRIQUE:

Deseo  
quedar solo; que peleo  
con mis tristezas a solas.

CHIRIMÍA: Voy a arrojar a las olas  
del sueño que es mar profundo.

Vase

ENRIQUE:

Aquí empieza a ver el mundo  
las cautelas españolas.  
Ya está abierto. Entre quién es.

Sale el REY embozado

REY:

¿Estáis solo?

ENRIQUE:

Solo estoy.  
¿Quién es?

REY:

Vuestro amigo soy.  
¿No me conocéis, Marqués?

ENRIQUE:

Arrojaréme a tus pies  
lleno de gozo y espanto,  
viendo que es a favor tanto  
incapaz el alma mía  
como a celeste armonía,  
como a milagroso encanto.

REY:

[Alza, amigo.

ENRIQUE:

No te espante  
si no te obedezco y digo  
que es decir, "Levanta, amigo",  
decir que no me levante;  
porque ese nombre gigante  
no me ajusta. Hormiga fui.

REY:

Levanta, Enrique.

ENRIQUE:

Eso sí.

REY:

Eres vasallo leal.

ENRIQUE:

Ese nombre es celestial  
y es, gran señor, para mí...]

REY:

Avisásteme que tienes  
junta esta noche en tu casa  
y quiero ver lo que pasa  
escondido en ella.

ENRIQUE:

Vienes  
a asegurar en tus sienas  
la corona merecida.  
Vienes a darme la vida.

REY:

Vengo, a lo menos, a verte;  
que ésa es la causa más fuerte,  
Enrique de mi venida.  
¿Cómo estás?

ENRIQUE:

Como sin mí,  
sin ti en esta ausencia corta;  
mas si mi ausencia te importa  
y te dejo a ti por ti,  
bueno estoy estando así.

REY:

Yo, Enrique, como he tenido  
sin ti el amor escondido  
entre aparentes enojos,  
vengo a exhalar por los ojos  
el contento reprimido.  
¿Examinaste la fe  
de alguna dama?

ENRIQUE:

Supuesto  
que es amor casto y honesto,  
sin vergüenza lo diré.  
Sí, señor.

REY:

¿Y quién fue?

ENRIQUE:  
La condesa Elena.

REY:  
Enrique,  
cuando el reino pacifique,  
con ella te casarás.

ENRIQUE:  
Siglos del Fénix y más  
el cielo te comunique.  
Esconde aquí tu valor;  
que a la puerta siento gente.

REY:  
La primera vez que siente  
este pecho algún temor  
es ésta.

ENRIQUE:  
¿Por qué, señor?

REY:  
Porque recelo perder  
este reino y no poder  
hacerte bien.

ENRIQUE:  
Si perdida  
fuere antes de eso mi vida,  
no te queda qué temer.

TARANTO:  
¿Podemos entrar? ¿Están  
recogidos los criados?

ENRIQUE:  
Sí, señores embozados.  
seguramente podrán  
entrar.

SALERNO  
¡Y nos maravillas  
viéndote alegre y constante!

ENRIQUE:

¡Oh, Canciller! ¡Oh, Almirante!  
Vueselencias tomen sillas.  
Yo príncipes he esperado  
mas no tan grandes. ¿Quién es  
el embozado?

TARANTO:

Después  
hablará; que es un criado.  
¿Posible es que a tal fortuna  
Enrique de Avalos venga,  
y que rostro alegre tenga  
hombre que pisó la luna?  
¿Estos desprecios padece,  
y alegre sufre esta injuria?  
¿Cómo no crece la furia  
al mismo modo que crece  
la adversidad? Esta casa  
y esta luz agravios son  
de un magnánimo varón.  
De la injusticia que pasa  
son testigos.

SALERNO

Don Enrique,  
a consolarte y a verte  
venimos, para ofrecerte,  
sin que el día lo publique,  
nuestras haciendas y vidas  
y consentir no queremos  
que lleguen a tales extremos  
fortunas no merecidas.

ENRIQUE:

Príncipes, alegre estoy,  
aunque otra dicha no espero,  
las veces que considero  
que en nada culpado soy.

TARANTO:

¡Esa es mayor injusticia!  
¡Ese es el mayor agravio!  
El castigo sufre el sabio  
mas no sufre la malicia.  
Don Enrique, hablemos claro.

¿Queréis dar a vuestro honor,  
con un estado mejor,  
honra, nobleza y reparo?  
[Y pues {vos} sois tan discreto  
y venido a tal miseria,  
para hablar de esta materia  
no hay que encargaros secreto].

ENRIQUE:

La Naturaleza es tal  
que a los brutos enseñó  
a querer su bien, y yo  
alma tengo racional,  
[y he de apetecer lo mismo.  
Salir con ansias deseo  
del estado en que me veo;  
mas hay en medio un abismo],  
de grandes dificultades.

TARANTO:

Ese es pródigo temor,  
pues no aventuras honor.  
Si a aquesto te persuades  
con un impulso eficaz,  
y los hombres de esta tierra  
hijos somos de la guerra,  
¿para qué queremos paz?  
Nuestro ánimo el mundo vea.  
De estado nos mejoramos  
si los tres el reino damos  
a Carlos que lo desea.  
De este gallardo francés  
firmas en blanco tenemos,  
y en su nombre te ofrecemos  
porque tu ayuda nos des,  
un estado poderoso  
en este reino.

ENRIQUE:

Yo aceto  
esa merced y prometo  
de concurrir animoso  
a esta acción, y certifico  
que imposibles venceré.

LUDOVICO:

Agora sí que podré  
descubrirme.

ENRIQUE:  
¡Es Ludovico!

LUDOVICO:  
No esperé menos jamás  
de tu corazón fiel.

REY:  
(Ni yo esperé menos de él.      Aparte  
Prosigue. Descubre más).

ENRIQUE:  
¿Qué es lo primero que está  
trazado?

SALERNO:  
Juntar conviene  
nuestra gente y la que tiene  
nuestro primo, y él vendrá  
en dando al francés aviso.

ENRIQUE:  
¿Y qué capitán valiente  
ha de gobernar la gente?

LUDOVICO:  
¿Quién si no tú? Pues que quiso  
la militar disciplina  
aprender reglas de ti.

ENRIQUE:  
Acepto el cargo.

REY:  
(Y así              Aparte  
no temeré la ruina  
de mi reino).

ENRIQUE:  
¿Por qué parte  
se ha de comenzar la guerra?

SALERNO:

Por Calabria, que es la tierra  
mas sujeta al son de Marte.

ENRIQUE:

Pues, dadme una firma de ésas  
del francés, dos veces franco,  
porque pueda yo en lo blanco  
asegurar sus promesas.

TARANTO:

Bien has advertido, Alabo  
tu sagaz prudencia ya.  
Toma un papel en que va  
firma de Carlos Octavo.

ENRIQUE:

Famoso Rey, a quien puedo  
decir que oyéndome estás  
pues con una firma das  
mercedes, horror y miedo,  
mi Rey eres, y protesto  
que aunque aventure mi honor,  
que me tengan por traidor,  
te obedezco y sirvo en esto.  
Oyeme, Rey liberal,  
si aquí alcanza tu poder,  
yo te prometo de ser  
eternamente leal.  
Este cargo que he aceptado,  
en servicio tuyo fue  
porque mi lealtad y fe  
ningún vasallo ha igualado.  
Recibe, Rey, mi deseo  
pues puedo decir que aquí  
estás si me escuchas.

REY:

(Sí, Aparte  
ya lo he entendido y lo creo).

LUDOVICO:

Ya que a la ayuda del Rey  
prometes poner efeto,  
de esta verdad el secreto  
debes guardar.

ENRIQUE:

Esa es ley

[de todos los conjurados;

yo la estimo y reverencio:

al secreto y al silencio

estemos juramentados].

Y así por la ley sagrada

que adora y sigue el cristiano

por el cielo soberano

y por la cruz de esta espada

juro y digo que este intento

de mi boca no sabrán

sino sólo los que están

oyendo mi juramento.

[Juro por Dios trino y uno

so pena de que esta espada

en mi sangre esté manchada,

de no tratar con ninguno,

fuera de aquellos que estamos

presentes, nuestra intención

y aquesta conjuración.

LUDOVICO:

Todos así lo juramos].

TARANTO:

Quédese para otro día

la sesión en este estado;

que ya pienso que ha llorado

sus perlas el alba fría

e importa que no nos vean

para que no se publique.

LUDOVICO:

Bien dice. Adiós, don Enrique.

ENRIQUE:

Como mis ojos desean

suceda todo. (¿Quién vio     Aparte

tal conflicto, tal contraste?)

Vanse todos y sale el REY

REY:

¿Por qué no les preguntaste

que habiéndoles hecho yo

tantas mercedes, por qué  
ánimo traen malicioso?

ENRIQUE:

Por no hacerme sospechoso;  
que ya lo consideraré.  
[Y pues mi lengua atrevida,  
al parecer y opinión  
de estos tres, hizo traición,  
quítame, señor, la vida.

REY:

¿Qué dices, Enrique? Calla,  
porque el Rey más singular  
la vida puede quitar  
pero no puede alargalla.  
Sólo a Dios se reservó  
y yo quisiera tener  
trocado a queste poder  
en ti sólo, porque yo  
el poder de Dios quisiera  
para darte vida tal  
que pareciera inmortal  
ya que infinita no fuera].

ENRIQUE:

A tu amor no correspondo  
sin que los brazos me des.

REY:

Mas gente siento, Marqués.  
Otra vez aquí me escondo.

Escóndese y sale CÉSAR

CÉSAR:

No vengo como solía  
en tu amistad confiado,  
porque soy tan desdichado  
que ese bien que yo tenía  
ya me ha faltado, y así  
pues tanta desdicha tengo  
a que me des muerte vengo  
para vengarme de ti.  
Tu amigo fui, y ¡vive Dios!,  
que con tirana impiedad

si ha de borrar la amistad  
con la sangre de los dos.

ENRIQUE:  
César, ¿qué traes?

CÉSAR:  
Un dolor  
a los infiernos igual.  
De día te hallé leal;  
de noche te hallo traidor.  
¿Qué he de tener si esto pasa  
para más desdicha mía?  
Estas joyas te traía  
cuando salir de tu casa  
hombres embozados vi.  
Díome cuidado el suceso.  
Temí tu daño y por eso  
a los dos reconocí.  
El de Taranto y Salerno  
eran éstos y yo sé  
que esta visita no fue  
de piedad y de amor tierno.  
¡A estas horas y estos dos  
de quien con causa sospecho  
que traen veneno en el pecho  
contra mi Rey! ¡Vive Dios!  
¡Que no es visita de amigo!  
Indicios y amagos son  
de alguna conjuración  
que se ha tratado contigo.  
Y siendo de aquesta suerte,  
muera el uno si reñimos,  
porque nos digan que fuimos  
amigos hasta le muerte.  
[Que no es razón que vivamos:  
tú, porque traidor has sido,  
ni yo, porque te he tenido  
por leal. Solos estamos].  
Mete mano. Haz lo que digo;  
que dirán contra mi honor  
que Enrique ha sido traidor  
y que César fue su amigo.  
Si acaso me dieres muerte,  
con estas joyas podrás  
escaparte y me darás

vida así para no verte  
cometer traición alguna;  
y si te matare yo,  
tu delito te mató  
que no tu adversa fortuna.  
Acábase con la muerte  
amistad tan engañada.

ENRIQUE:  
Detén, amigo, la espada.

CÉSAR:  
No soy tu amigo, y advierte  
que estados puede quitar  
el Rey con razón o furia,  
pero no es aquesta injuria  
de quien se debe vengar  
el vasallo, porque el Rey  
es un dios, aunque pequeño.  
De nuestras vidas es dueño.  
Su gusto es su misma ley.  
[No te engañen ni aconsejen  
con máscara de venganza  
a hacer alguna mudanza  
y en el peligro te dejen].  
Mira qué has hecho y, ¡por Dios!,  
que es Él que vida ha de darnos,  
o que habemos de matarnos  
o has de jurar que estos dos  
en tu casa no han de entrar  
otra vez.

ENRIQUE:  
Yo, César, juro  
que tu honor está seguro  
y que te debes fiar  
de mi amistad.

CÉSAR:  
Ni te creo;  
ni te abono.

Sale el REY

REY:  
Yo le fío.

CÉSAR:  
¡Válgame Dios, señor mío!  
¿Cómo en esta casa os veo?

REY:  
Porque quiero que los tres  
hagamos estrechos lazos  
de amistad. Dadme esos brazos.

CÉSAR:  
Dame tú, señor, los pies.

REY:  
Mi parte quiero tener  
entre dos amigos tales.

CÉSAR:  
Diles vasallos leales.

REY:  
César, silencio.

CÉSAR:  
He de ser  
un Argos que calla y vela.  
Ya alenté y cobré la vida.  
¡Vive Dios, que es su caída  
cautela contra cautela!

### ACTO TERCERO

Salen CÉSAR y ENRIQUE

CÉSAR:  
Amigo, ¿no me dirás  
cómo el Rey, si está enojado,  
en tu misma casa ha entrado?

ENRIQUE:  
César, después lo sabrás.

CÉSAR:

El que ser amigo quiere,  
para acertar bien a sello,  
no ha de saber más de aquello  
que su amigo le dijere.  
Ya no lo quiero saber  
y bástame averiguar  
que en gracia vienes a estar  
del Rey. Pero, ¿qué mujer  
hallaste firme?

ENRIQUE:

En Elena  
he descubierto más fe  
y aunque a Porcia me incliné,  
libre estoy de aquella pena  
porque soy agradecido.

CÉSAR:

De esa manera bien puedo  
decir, Enrique, sin miedo  
que amante de Porcia he sido.

ENRIQUE:

¿Eso has callado hasta aquí?  
Especie fue de traición;  
que una amorosa pasión  
me hayas ocultado así.  
Sírvele, César, agora;  
que ella y Elena son damas  
de la Reina. Un ángel amas.  
Cuerdo es aquél que la adora.  
[Y, ojalá yo la quisiera  
con el extremo mayor  
que vio en sus penas Amor  
porque en dejártela hiciera  
algo por ti; que dejando  
amante mujer tan bella,  
te diera el alma con ella  
y así te estuviera amando  
de dos maneras quien te ama  
y te da con voluntad  
dos almas en la amistad  
y dos vidas en la dama].

CÉSAR:

Acepto esa cortesía.  
De Porcia me he de llamar.

ENRIQUE:  
No puedo en palacio entrar  
en público, y dar querría  
a Elena aqueste papel;  
mas César se lo dará  
que es otro yo. Abierto va;  
que a portador tan fiel  
se debe esta confianza.

[CÉSAR]:  
¿Cuál es?

ENRIQUE:  
Éste. Toma, amigo.

CÉSAR:  
En mi pecho irá conmigo,  
por ser tú su semejanza,  
tan recatado el papel  
que mis mismos ojos sean  
los primeros que no vean  
lo que llevo escrito en él.

ENRIQUE:  
De tu mente es un conceto  
pues lo ha sido de la mía.  
El Rey a llamarme envía  
y he de entrar con gran secreto.

Vase ENRIQUE

CÉSAR:  
Ojos, finezas os deban  
los que Enrique siempre ha hecho.  
Ni a mis ojos, ni a mi pecho  
preguntéis qué es lo que llevan.  
Vos, Porcia, que a este palacio  
dais columnas de arrebol  
como en la casa del sol  
las columnas de topacio,  
óyente penas y quejas.  
Comenzaré por serviros  
a penetrar con suspiros

los caminos y las rejas.

Salen los Príncipes de SALERNO y TARANTO

SALERNO:

Príncipe, de aquí adelante  
con más cuidado y frecuencia  
se debe hacer asistencia  
aquí en palacio.

TARANTO:

El diamante  
se rinde al diestro buril,  
piélagos abrevia el arte,  
un risco se ablanda y parte  
a las lluvias del abril,  
pero escucha; que el Rey sale.

Sale el REY

REY:

¡Oh, mis parientes y amigos!

TARANTO:

Vasallos dirás, testigos  
del premio inmenso que vale  
tu favor.

REY:

(Disimulemos, Aparte  
sentimiento natural.  
Vidrieras de cristal  
son los ojos en que vemos  
la más oculta pasión.  
Reprimamos los enojos  
y disimulen los ojos  
lo que siente el corazón).  
¿Cómo estáis? Porque os deseo  
salud y prosperidad.

TARANTO:

¿Es que ve tu majestad  
mis acciones?

REY:

Sí, las veo.

SALERNO:

[¿Y es que mi amor ha sabido  
tu majestad?

REY:

Sí, lo sé.

TARANTO:

Nadie nos iguala en fe  
ni amor.

REY:

Así lo he entendido].

Sale LUDOVICO

LUDOVICO:

Dame a besar esa mano  
que un siglo ha que no te veo  
y tanto verte deseo  
como mi Rey soberano.

REY:

[¡Oh, ambiciosa diligencia,      Aparte  
nube opuesta a la justicia!  
¡Que te enseñe la malicia  
tan lisonjera elocuencia!)]

SALERNO:

Siempre los tres procuramos  
el valor de tus renombres.

REY:

(¡Que haya en el mundo estos hombres!) Aparte

LUDOVICO:

Lo que los tres deseamos  
te suceda.

REY:

(No permita      Aparte  
mi fortuna tal suceso).  
Y vosotros antes de eso  
tened lo que os solicita  
mi cuidado.

LUDOVICO:

¿Qué nación  
tuvo Rey tan excelente?

REY:

(¡Oh, lisonjero valiente!  
¡Oh, villana adulación!)  
Y vos que estáis escuchando,  
yo no permito testigos  
cuando estoy con mis amigos  
discurriendo y conversando.  
Salid fuera.

CÉSAR:

(¿Qué es aquesto?      Aparte  
¡Anoche tan grande amor  
y agora tanto rigor!  
¿Desvanecida tan presto  
ha quedado mi esperanza?  
Que caiga lo levantado  
no es mucho, pues ha trepado  
a riesgos de la mudanza,  
pero al escalón primero  
volver atrás de improviso  
o es desdicha o es aviso  
que no es bien subir. Yo quiero  
escarmentar animoso,  
no poniéndome delante.  
No entiendo al Rey el semblante.  
O es mudable o cauteloso).

Vase CÉSAR

REY:

(César se fue sin saber      Aparte  
que es un enigma mi amor,  
un esfinge mi temor  
y mi rostro una mujer.  
Aborrezco lo que estimo  
y quiero lo que aborrezco;  
al mismo engaño parezco).  
Marqués de Pescara, primo,  
hay detrás de esos cancelos  
de pintadas celosías,  
donde suelo algunos días

sentarme yo a ver papeles,  
breve suma y relación  
de memoriales me haréis.  
Sobre el bufete hallaréis  
los papeles.

Vase LUDOVICO

TARANTO:  
No es razón,  
cuando ocupado te veo  
que estemos aquí los dos.

REY:  
Bien decís, y guárdeos Dios  
con el premio que os deseo.

Vanse los dos Príncipes y habla dentro  
LUDOVICO

LUDOVICO:  
Para ver si algo mandares  
los papeles voy mirando.

REY:  
Aquí estoy paseando.  
Pregunta si algo dudares.

LUDOVICO:  
Un memorial está aquí  
que el Duque de Amalfi dio.  
¿Quieres escucharle?

REY:  
No.

LUDOVICO:  
¿Has visto el de Capua?

REY:  
Sí.  
(La puerta del camarín    Aparte  
siento abrir. Enrique ha sido  
que a mi llamada ha venido  
por la puerta del jardín.  
Y el Marqués por el cancel

le ha de ver y aun ya le ha visto.  
Mal pensará si resisto  
de hablar agora con él.  
Aviséle que esperaba  
y el secreto se revela.  
Aquí importa la cautela).

Sale ENRIQUE

Esperando, Enrique, estaba  
y con más razón y enojos  
para reñirte prevengo  
los sentimientos que tengo  
en el alma y en los ojos.  
¿Cada día voy sabiendo  
nuevas culpas contra ti?  
Pero yo me culpo a mí...

ENRIQUE:  
Mira, señor, que no entiendo...

REY:  
Calla, bárbaro, no doy  
a tus disculpas oído.  
Necio, que no has entendido  
la cólera con que estoy.  
¿Cómo quieres responder  
si apenas el alma explico?  
(¡Qué atento está Ludovico!      Aparte  
Aun señas no puedo hacer).

ENRIQUE:  
(Nadie nos ve. ¿Estando a solas Aparte  
me trata el Rey de esta suerte?)

REY:  
Español, ingrato, advierte  
que tus traiciones son olas  
del mar movidas del viento;  
que unas mueren y otras nacen.  
Torre que los hombres hacen  
sobre fácil fundamento  
polvo será en breves días.

ENRIQUE:  
¡Señor!...

REY:  
Calla.

ENRIQUE:  
Dime...

REY:  
Baste.  
Muchas cosas me ocultaste  
que decírmelas debías.

ENRIQUE:  
Mira, señor que esa injuria...

REY:  
(Si responde, se declara).           Aparte  
Calla, bárbaro. ¿En mi cara  
no está leyendo mi furia?

ENRIQUE:  
(¡Vive Dios!, que esto es de veras.   Aparte  
¿Ingrato yo? ¿Yo infiel?  
¡Qué desdichado es aquél  
que subió trepando esferas  
para ver su perdición!  
¡Oh, mil veces soberano  
el estado que es mediano  
sin soberbia ni ambición!)

REY:  
(Enrique no me ha entendido.       Aparte  
De verme airado se admira  
y Ludovico nos mira.  
El secreto va perdido  
si acaso se desengaña).  
En castigo de tu yerro  
de Nápoles te destierro.  
Luego has de partirte a España.

ENRIQUE:  
No quiero hablar disculpando  
mi inocencia y mi verdad;  
sólo de tu majestad  
quiero despedirme hablando...

REY:

Ni aun eso quiero que digas.  
Despídete con los ojos  
que tu lengua me da enojos.

ENRIQUE:

A tal silencio me obligas  
que mudo seré desde hoy.

REY:

(Siento el verle padecer).      Aparte  
Ludovico, pasa a ver  
cómo está la Reina.

Sale LUDOVICO

LUDOVICO:

Voy.  
(Si Enrique va desterrado,      Aparte  
con más prisa y más secreto  
de las flores del Sebeto  
será el francés coronado ).

Vase LUDOVICO

ENRIQUE:

¿Ludovico estaba aquí?  
Ya voy respirando. ¡Cielos!  
Volcanes y Mongibelos  
me oprimían.

REY:

¿Fuése?

ENRIQUE:

Sí.

REY:                      ¿Es posible que no viste  
escondido a ese infiel  
detrás de aqueste cancel?  
¡Vive Dios, que me ofendiste  
creyendo así mis enojos!  
Agraviaste mi lealtad  
pues no viste la verdad  
disimulada en mis ojos.

ENRIQUE:              Deja que pueda alentar

la voz; que mi sentimiento  
reprimió tanto mi aliento  
que no podré respirar  
si no llega al corazón  
poco a poco el desengaño,  
templado el susto y el daño  
que causó la aprehensión.

REY: Siempre que muestre contigo  
tal enojo, considera  
que soy tu Rey por de fuera  
y que dentro soy tu amigo.

LUDOVICO llega a la puerta

[Si dentro en mi pecho estás  
llave es mi amor con que abras.  
No mires, no, mis palabras.  
El alma has de ver no más].  
Quise que no respondieras  
porque no te declararas.  
Mejor era que callaras  
y que culpado te hicieras.

ENRIQUE: Culpa ni aun fingida es buena.

REY: Sí, cuando importa, y yo sé  
que entonces luce la fe.

ENRIQUE: Bien ha menester la pena  
que me diste, ese favor  
y dulce correspondencia  
y aún están en competencia  
cuál de los dos es mayor.

[Y la pena digo yo;  
que el que lejos de ti está,  
sin tu favor vivirá,  
pero en tu desgracia, no].

REY:  
Mientras que tú no estés preso,  
nunca mis enojos creas  
por más airado que veas  
mi semblante.

ENRIQUE:  
Tus pies beso.

LUDOVICO:  
(¡Oigan, oigan lo que pasa! Aparte  
Cautela fue su caída.  
¡Vive Dios, que está mi vida  
peligrosa en esta casa!  
¡Ay, esfinges! El revela  
toda la culpa que tengo;  
mas no será si prevengo  
cautela contra cautela).

Vase LUDOVICO

ENRIQUE:  
Voy a ver lo que pretende.

REY:  
Consuela a César y adiós.

ENRIQUE:  
De ti pendemos los dos.

REY:  
De ti mi reino depende.

ENRIQUE:  
Tú nos honras.

REY:  
Tú me amparas.

ENRIQUE:  
Fortuna, ¿de esta manera  
das picones? No quisiera  
que alguna vez te enojaras.

Vanse y salen CÉSAR y ELENA

CÉSAR:  
¿Cómo en palacio se ha hallado,  
señora, vueseñoría?

ELENA:  
Con más gusto cada día

porque la Reina me ha honrado.

CÉSAR:

Ya sabe que a la amistad  
se deben aras y templo,  
porque es símbolo y ejemplo  
de la fe y de la lealtad.  
Con sus alientos me atrevo  
a darle aqueste papel.  
Débeme secretos él  
y yo respectos le debo  
por la ley de quien fui  
sus letras ha venerado,  
y con no venir cerrado  
trae candados para mí.

ELENA:

¿De quién es?

CÉSAR:

Ese fue error.  
¿De quién ha de ser me di,  
siendo el papel para ti  
y siendo yo el portador?

ELENA:

De don Enrique será.

CÉSAR:

¿Hay otro que esto merezca?

ELENA:

¿Querrá que le favorezca  
con el Rey.

CÉSAR:

Favor querrá  
sólo de tu amor honesto.

ELENA:

(¡Qué engañada pretensión!    Aparte  
En dudas y confusión  
aqueste papel me ha puesto.  
"Carlos Rey de Francia" escribe  
y no otra cosa, y confirma  
o que hay traición esta firma

o que engaños apercibe...  
o que es error). ¿Has sabido  
qué traes aquí?

CÉSAR:

No, señora,  
no lo sé. Ya os dije agora  
que a la amistad es debido  
este respeto.

ELENA:

Darás  
a su dueño este papel.  
Enigmas vienen en él.  
Di que se declare más  
y advierta que su lealtad  
está ya tan peligrosa  
que a mí me tiene dudosa  
la sospecha y la verdad,  
y que los vasallos buenos  
sólo en gracia se mantienen  
de sus reyes y no tienen  
firmas de reyes ajenos.

Vase ELENA

CÉSAR:

¡Vive Dios, que yo también  
estoy dudoso y suspenso!  
Luchando está lo que pienso  
con lo que mis ojos ven.  
Pienso que Enrique es leal.  
Del francés la firma veo,  
y así ni a los ojos creo  
ni al pensamiento; que mal  
viven hombres avisados,  
sin astucia recatada.  
¡Aun en comedias me enfada  
ver dos papeles trocados!

Sale CHIRIMÍA

CHIRIMÍA:

Señor César, ¿ha venido  
a palacio mi señor?

CÉSAR:  
(Entre dudas y temor      Aparte  
traigo perplejo el sentido).

CHIRIMÍA:  
Señor César, por su vida  
que me diga dónde está.

CÉSAR:  
(¡Válgame Dios! ¿Qué será) Aparte

CHIRIMÍA:  
Señor César.

CÉSAR:  
(Divertida      Aparte  
siento el alma, el pecho inquieto).

CHIRIMÍA:  
¡Señor César!

CÉSAR:  
(Quiero ver      Aparte  
a Enrique para saber  
este encanto, este secreto).

CHIRIMÍA:  
¡Señor César! [¡Qué crüel  
está! Pues ya se me acoge.  
¡Seor César! Aunque se enoje...  
¡Señor César! Voy tras él].

Vanse y salen LUDOVICO y JULIO y luego los dos  
Príncipes

LUDOVICO:  
¿A qué ha entrado aqueste loco?

JULIO:  
El caso sabrás después.

TARANTO:  
Llamado nos han, Marqués,  
de tu parte.

LUDOVICO:

Escucha un poco.  
Enrique nos es traidor.  
Con el Rey ha declarado  
lo que tenemos tratado  
y pelagra nuestro honor.  
No hay duda.

TARANTO:  
Pues declaremos  
los ánimos arrogantes,  
y declarémonos antes,  
pues ese peligro vemos.

LUDOVICO:  
No es tiempo y viene gran daño  
a los nuestros.

SALERNO:  
¿Qué dispones?

LUDOVICO:  
A una traición, dos traiciones.  
Dos engaños a un engaño.

Sale el REY

REY:  
¡Oh, mis parientes y amigos!

LUDOVICO:  
Más bien lo dirás agora  
en sabiendo nuestros pechos.  
Señor, anoche a la hora  
que tú viste que salimos  
de palacio, como propias  
personas tuyas y espías  
de tu frente y tu corona,  
como tus deudos y amigos,  
con astucia cautelosa,  
en casa de don Enrique  
fuimos porque se conozca  
nuestra lealtad y por ver  
si en desgracia tuya osa  
declararse contra ti.  
Dijimos que las personas  
de los tres y las haciendas

queríamos poner todas  
por dar este reino a Carlos,  
y Enrique, que la ponzoña  
que tenía contra ti  
encubrir no pudo. Otorga  
el ser general y alzar  
las banderas venidoras  
en favor del Rey de Francia  
contra tu real corona.  
Mira, señor, por tu reino.

REY:  
¿Eso pasa?

TARANTO:  
¡Y más agora!  
Nos dijo que era fingida  
su caída y cautelosa  
porque quieres de esta suerte  
con esta industria ingeniosa  
conocer tus enemigos.

REY:  
(Si fuese verdad...)    Aparte

SALERNO:  
Conozcan  
nuestro amor cuantos vasallos  
humanos reyes adoran.  
Él trata de dar a Carlos  
este reino y esta hermosa  
ciudad que de luz serena  
el rayo del sol corona.

REY:  
Yo os agradezco el aviso.  
Dejadme solo.

Vanse

¿Qué sombras  
son éstas que a la amistad  
turban la luz generosa?  
Estos tres han sospechado  
que sé su intento y abonan  
de este modo su traición.

Mas, saber que es cautelosa  
mi mudanza y la caída  
de Enrique parecen cosas  
de que han violado el secreto  
los candados de su boca.  
Pero también pueden ser  
malicias de éstos; que propias  
son las sospechas al hombre.  
Sólo Dios, como no ignora  
los humanos corazones,  
es inmutable en sus cosas.

Sale ELENA

ELENA:  
Aviso a tu majestad...

REY:  
¿Qué dices, Elena hermosa?

ELENA:  
...que don Enrique se escribe  
con el Rey de Francia. Importa  
que sepa tu majestad  
si hay por qué se correspondan  
sin ofender su lealtad,  
pero yo no lo sé. Sola  
esta verdad aseguro,  
y si de César te informas  
sabrás la verdad del caso.

REY:  
Hágate el cielo dichosa  
como noble, bella y leal.

ELENA:  
A quien soy lo debo.

Vase ELENA

REY:  
Rompan  
los silencios de mi amor  
las voces más rigurosas  
que dio monarca en el mundo.  
Si la dama que le adora,

si la dama que le estima  
acusa a Enrique, ¿es impropia  
su culpa? Indicios son fuertes  
que la verdad acrisolan;  
pero no he de sospechar  
de su lealtad generosa.  
Apelo de Elena a César,  
de su dama a su amigo. ¡Hola!

Sale un CRIADO

CRIADO:  
¿Señor?

REY:  
Mirad si está César  
en la antecámara. (¿Todas      Aparte  
las amistades humanas  
han de ser tan sospechosas?)

Sale CÉSAR

CÉSAR:  
¿Qué me mandas?

REY:  
Dime, César,  
atendiendo a que me importa,  
si Enrique se comunica  
con el Rey Carlos.

CÉSAR:  
(Perdona      Aparte  
amistad, porque más debo  
a mi Rey). ¿Señor?

REY:  
No pongas  
temor ni duda en la lengua.  
La voz desata animosa.

CÉSAR:  
Señor, sí. Yo tengo...

REY:  
Calla.

Basta ese "sí" para que oiga  
mis quejas el mismo cielo  
y la sangre se recoja  
desamparando las venas  
al corazón cuando roban  
sentimientos naturales  
su actividad y transforman  
en fuego su hielo. Vete,  
que un desengaño es ponzoña  
y basta la que en dos letras  
me diste a beber ahora.

Vase CÉSAR

Otra vez pienso dudar.  
Haga finezas preciosas  
el amor que a Enrique tengo.  
Apelo otra vez. ¿Hay otra  
apelación donde pueda  
aliviarse la memoria?  
De la dama y del amigo,  
si en los votos se conforman,  
¿a quién se puede apelar?  
Apelo a él mismo. Su boca  
será el último testigo.  
Si él no lo confiesa, ponga  
la envidia mil acechanzas  
que mil serán mentirosas.  
Esta puerta he de juntar  
y quedar con él a solas;  
que en mi camarín le tengo.  
¡Oh, cómo está temerosa  
el alma! Amistad, ¿qué es esto?  
¿Ajenas culpas me cortan?  
¿Delitos de otro me hielan?  
Enrique.

Sale ENRIQUE

ENRIQUE:  
¿Señor?

REY:  
Conozcan  
los cielos que nos alumbran  
que eres quien rompes y cortas

los lazos del amistad  
y yo no. Tú me provocas  
a la cólera mayor  
que dio a tigres ni a leonas  
heridas naturaleza.  
Y así con mis manos propias  
quisiera tomar venganza.

ENRIQUE:

(Sin duda que hay quien nos oiga    Aparte  
otra vez; pues finge el Rey  
que se ofende y que se enoja).

REY:

¿Con Carlos te comunicas  
sin avisarme las cosas  
que tratas con él? ¿Tú escribes  
a mis contrarios

ENRIQUE:

¿Agora  
no he de errar cual la otra vez  
disculpándome; que importa  
fingir este enojo bien).  
Confieso, señor, que tornas  
a enojarte justamente.  
Carlos me escribió.

REY:

¿Quién osa  
confesar así sus culpas  
que a morir no se disponga  
Mira, ingrato, que me debes  
que hasta oírlo de tu boca  
el crédito suspendí,  
y aún está el alma dudosa  
si acaso "sí" me dijiste.

ENRIQUE:

Señor, señor, ¿no hay persona  
ninguna tras el cancel?

REY:

Hay malicias cautelosas  
tras el cancel de tu pecho  
y eso basta. ¿Tú blasonas

de agradecido español?

ENRIQUE:

¡Solos estamos y todas  
las puertas están cerradas!  
No finjas más; que me roban  
los temores el aliento.

REY:

De veras hablo. No pongas  
intervalos a mi enojo  
y mi cólera interrompas.

ENRIQUE:

¡Válgame Dios! ¿En qué parte  
pueden escucharnos? Sola  
está la cuadra y apenas  
hay quien distinga y conozca  
si lo que finge es de veras.  
Aun el alma que no ignora  
que es ficción está temiendo.

REY:

No disimules, pues tocan  
tus traiciones en los rayos  
de mi luz majestuosa.  
¡Ah, Capitán de mi guarda,  
prended a Enrique!

ENRIQUE:

(Quien loca Aparte  
llamó a la Fortuna, dijo  
la verdad). Si me aprisionas,  
señas son que tú me has dado  
para que en ti reconozca  
que tu enojo es verdadero.  
¿Qué mucho en la parda concha  
engendre perlas el alba  
y cuando el sol se trasmonta  
mengüe su cándido humor  
que aún no llegó a ser aljófaro?  
El sol alienta los campos,  
los jazmines y las rosas  
rasgan las verdes camisas,  
y a su luz sacan las hojas;  
huye el sol de este hemisferio,

caduca deja su pompa,  
todo pasa de esta suerte.  
Tú eres sol; fui flor hermosa.  
Escondíste me tus rayos;  
perdí el verdor a tu sombra.

Sale el CAPITÁN

CAPITÁN:  
¿Qué mandas?

Sale PORCIA

REY:  
Ya estoy remiso.

PORCIA:  
(Animo, segunda Porcia,      Aparte  
que en las batallas de amor  
no te dan brasas que comas).  
Señor, a pedirte vengo,  
atrevida si piadosa,  
que justifiques las culpas  
de don Enrique y conozcas  
que no es bien que tú te enojas  
sin mirar que la paloma  
al aire blanca parece  
aunque sea negra toda.  
[El agua clara en un vidrio  
turbio a nuestro ser la tornan  
los rayos del sol hermoso;  
en las cristalinas ondas  
corvos parecen los remos;  
muchos espejos nos borran].  
Si en las cosas claras vemos  
que hay engaño, en las dudosas  
¿qué será, Rey poderoso?  
Natural intercesora  
mi piedad será esta vez.

REY:  
Sí, será, Condesa hermosa.  
(¡La que le quiere le acusa!      Aparte  
¡La que no le quiere aboga  
por Enrique! Aquí hay engaño).  
Bien está, gallarda Porcia.

PORCIA:

Vivas más que vive el Fénix  
inmortal en sus aromas.  
(Y viva Enrique también  
que me mira y me enamora).

Aparte

Vase PORCIA

REY:

Salte fuera y llama a César.

Sale el CAPITÁN

ENRIQUE:

(Porcia con vista amorosa  
me miró. Todo se trueca).

Aparte

REY:

Ven acá. Dime qué cosas  
tratas con el Rey de Francia.

ENRIQUE:

¿Yo? Ninguna.

REY:

¿Cómo agora  
dijiste que te escribía?

ENRIQUE:

Porque imaginé que a solas  
no estábamos e importaba  
fingirme culpado. Sola  
una firma vi del Rey  
que en tu presencia dichosa  
me dio el Príncipe de Taranto.

REY:

Dame acá esa firma.

ENRIQUE:

Toma;  
que para lo que mandares  
te la he guardado hasta agora.

Lee

REY:

"Como has entrado en palacio  
no he podido, mi señora,  
responder como debía  
a tu papel y a tus joyas..."

ENRIQUE:

¡Válgame Dios! El papel  
sin atención ni memoria  
troqué con uno de Elena.

REY:

(La verdad aliento cobra).      Aparte  
¿Quién a Elena le llevó?

ENRIQUE:

César.

Sale CÉSAR

CÉSAR:

¿Qué mandas?

REY:

(Gozosa      Aparte  
siento el alma). ¿Qué papel  
diste a Elena?

CÉSAR:

Sospechosa  
hizo mi fe aquesta firma.

Dale al REY el papel

REY:

Quien no apura ni acrisola  
la verdad errores hace.  
Enrique amigo, perdona.  
No dudé de tu lealtad  
pero me turbaron sombras  
de aparentes culpas. Mueran  
los Príncipes que alborotan  
mis estados.

ENRIQUE:

Mira bien;  
que si los cuellos les cortas,  
sus parientes y vasallos  
tomarán armas traidoras.

REY:  
Yo tengo para matarlos  
una cautela injuriosa.  
Publíquese que en mi gracia  
estás.

ENRIQUE:  
Dame por esposa  
a Elena, y bien se publica.

REY:  
Pues, prevén luego tus bodas.

ENRIQUE:  
Y las de César, señor,  
si das licencia, con Porcia.

REY:  
Si ella gusta, enhorabuena.

CÉSAR:  
¡Vivas edades dichosas!

Vanse los dos

REY:  
Ellos mismo han de ser  
los que muerte rigurosa  
se han de dar; que de esta suerte  
aseguro mi corona.  
¡Príncipe!

Sale TARANTO

TARANTO:  
Señor, ¿qué mandas?

REY:  
A mí, Príncipe, me importa  
que la muerte deis a Enrique  
sin que ninguno os conozca.

En este papel va el orden  
que habéis de guardar.

TARANTO:

Mil Troyas  
abrasará mi obediencia,  
mil capitolios de Roma.  
Dice el papel:

Lee

"Iréis, Príncipe, amigo,  
con máscara a la usanza de estos días  
a la Plaza del Olmo y en las Ninfas  
que una fuente en su espacio cristal vierte,  
donde hallaréis a Enrique que esperándome  
estará para ver unos festines.  
Un lienzo sacará. Sacad vos otro  
y muerte le daréis sin que os conozca.  
Llevad gente en resguardo y romped éste".

Yo voy a prevenir lo necesario  
y los deudos y amigos que tuviere  
a prevenirlos y vestirme y todo.  
¡Viven los cielos, español perjuro,  
que de mis manos no estarás seguro!

Vase TARANTO

REY:

¡Ah, Príncipe de Salerno!

Sale el de SALERNO

SALERNO:

¿Gran señor?

REY:

Este orden toma  
y a Enrique darás la muerte  
como ahí va escrito.

SALERNO:

Ponga  
leyes en mí tu grandeza  
que guardadas serán todas.

REY:

Riguroso ni tirano  
me llame el mundo, pues obran  
la equidad y la justicia  
tal vez, cautelas heroicas.

Vase el REY, y lee el de SALERNO

SALERNO:

"Con máscara, pues son carnestolendas,  
esperaréis a Enrique que pensando  
que yo soy, en la fuente de las Ninfas  
que en la Plaza del Olmo cristal vierte  
un lienzo sacará. Haced vos lo mismo.  
Llevad vuestros amigos y parientes  
por si quisiere defenderse Enrique.  
Hacedlo con secreto y romped éste".

Agora este español que nos revela  
el secreto jurado verá el pago  
que merece un traidor. Voy a vestirme.  
¡Viven los cielos, español villano,  
que hoy habéis de morir por esta mano!

Vase y salen ELENA y PORCIA

ELENA:

Porcia, si de mí te fías  
y conoces mi afición,  
dime cuál es la ocasión  
de tantas melancolías.  
Vienen días, pasan días,  
y tú tan triste, ¿qué es esto?

PORCIA:

En este estado me ha puesto  
un amoroso rigor.  
Prima, la muerte es menor.  
Enrique el alma ha dispuesto  
de esta suerte.

ELENA:

¡Ay, prima mía!  
¡Qué necios son tus amores!  
Sin duda de esos errores



ELENA:

(¡Ludovico es, pues que dice   Aparte  
que le quiero!) Soy felice,  
tuya soy.

PORCIA:

Lo mismo digo.

Salen LUDOVICO y JULIO

LUDOVICO:

(Dame, Amor, atrevimiento;   Aparte  
que por ti la más hermosa  
ocasión y más honrosa  
que hay en todo el mundo intento).  
Un gallardo casamiento  
codicio. Humilde te pido  
me hagas felice marido  
del dueño mío que fue  
señal de amor y de fe.

REY:

¿Quién es?

LUDOVICO:

Doña Elena ha sido.

Sale CHIRIMÍA

CHIRIMÍA:

Señor, señor, si te mueve  
a piedad una tragedia  
de un desdichado jüicio.  
bien es que lástima tengas.  
Don Enrique, mi señor,  
con el dolor y la pena  
de verse en desgracia tuya  
está loco y de manera  
que ha dado en decir muy grave  
a los amigos que encuentra,  
"Bien está. Dadme después  
memoriales". No hay quien crea  
que ya pobre y desdichado  
nuevo papel representa  
de privado en este mundo.

Danos, gran señor, licencia  
que nos volvamos a España  
que, mudando aires y tierra  
sanará de esta locura,  
y porque veas que es cierta  
su locura como digo  
vesle aquí, en palacio se entra.

Sale ENRIQUE hablando hacia dentro

ENRIQUE:  
Al Rey, mi señor, diré  
vuestros méritos.

CHIRIMÍA:  
¡Oh, pesia  
la madre que me parió!  
Deja esas locuras necias.

ENRIQUE:  
Dame, gran señor, tu mano.

REY:  
Ven, amigo, enhorabuena.

CHIRIMÍA:  
(El Rey le sigue el humor).    Aparte

PORCIA:  
¿Hay desdichas como éstas?

ENRIQUE:  
En feliz hora vendré,  
señor, si me das a Elena.

ELENA:  
¡No me faltaba otra cosa!  
¿Hay locura como aquella?

Sale CÉSAR

CÉSAR:  
Escucha, señor, un caso,  
el más funesto.

REY:

¿Qué hay, César?

CÉSAR:

Los dos Príncipes, amigos,  
a quien por dueños veneran  
Taranto y Salerno, agora  
con máscaras y libreas  
como en Nápoles se usa  
porque son carnestolendas,  
una batalla se han dado  
quedando muertos en ella  
muchos parientes y amigos  
de ambas partes, sin que sepa  
nadie la causa.

REY:

¿Y los dos?

CÉSAR:

Con más heridas que César  
en el senado murieron.

REY:

Los que vivieren se prendan  
para saber la ocasión  
y entre tragedias como éstas,  
prosiga, Elena, sus bodas.

ENRIQUE:

¡Vivas edades eternas!

REY:

Paso, Enrique, no sois vos  
el dueño que ella desea.

ENRIQUE:

Pues, ¿quién, señor?

REY:

Ludovico.

ELENA:

De Ludovico y Elena  
son las bodas que el Rey dice.

ENRIQUE:

Pues, ¿cómo, ingrata, estas letras

y diamantes no publican  
tu mudanza? Di.

PORCIA:  
Las piedras  
han de confesar mi amor.

ENRIQUE:  
Este papel, ¿no es de Elena?

ELENA:  
La letra sí, las razones  
son de Porcia.

ENRIQUE:  
Pues, ¿no era  
esta joya tuya?

ELENA:  
Sí;  
mas díselo a Porcia.

PORCIA:  
Sepan  
que fueron finezas mías.  
Publíquese. No me pesa.

ENRIQUE:  
¿Qué haré, César?

CÉSAR:  
Ser de Porcia  
infinitos años.

REY:  
Sea  
Almirante y Canciller,  
Enrique, y luego le vuelva  
el título de Marqués  
Ludovico. El mundo entienda  
que he asegurado mi reino  
y que bien le quiero. ¡Prendan  
a Ludovico!

LUDOVICO:  
¡Señor!

¿Por qué a mí?

REY:

Porque no quieras  
dar a Carlos mi corona.

ELENA:

Engañada fui.

REY:

No seas  
interesada ambiciosa.

CHIRIMÍA:

Luego, no ha sido de veras  
su caída. ¡Julio, amigo,  
venguéme! Esta vez te cuelgan.

ENRIQUE:

Prospera el cielo tu vida  
gran Alfonso, y aquí tenga  
fin la historia que se llama  
cautela contra cautela.

FIN DE LA COMEDIA